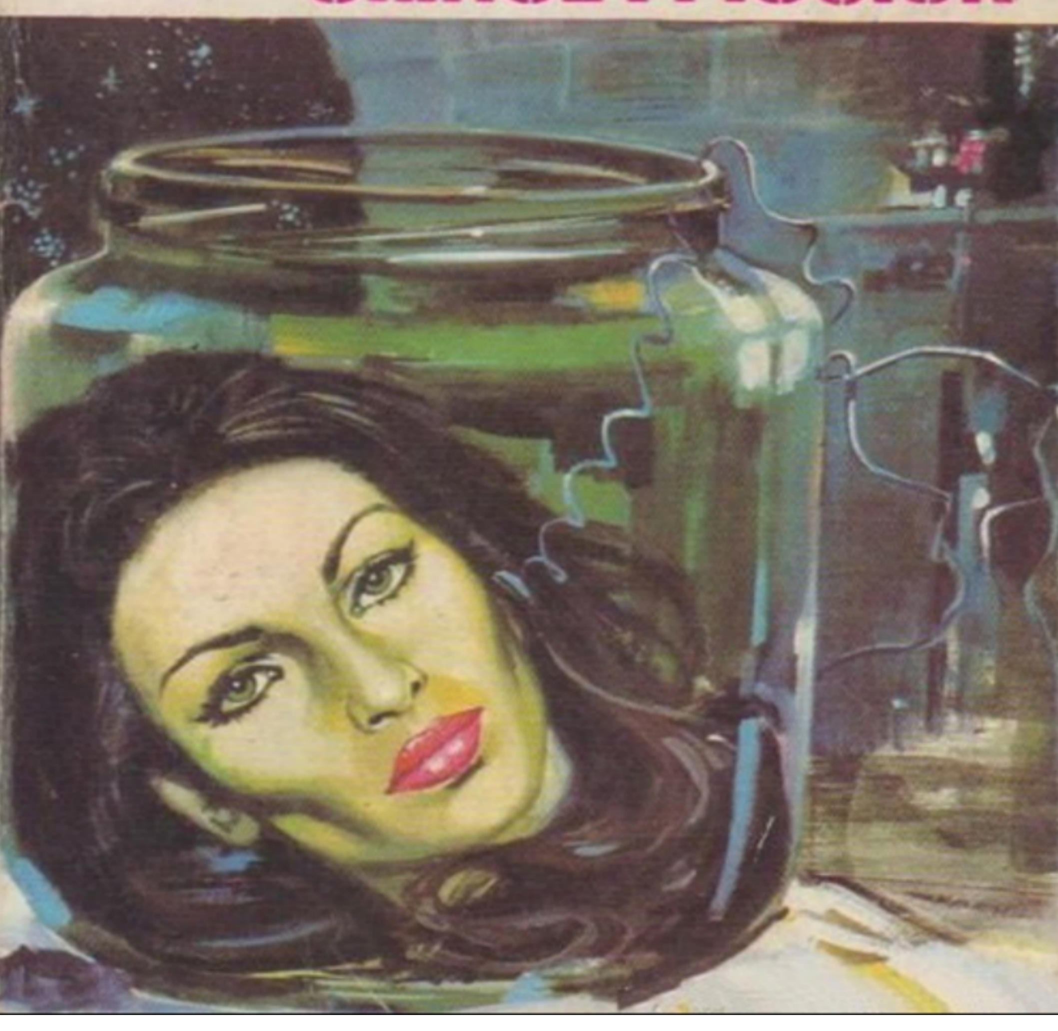
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

PANICO ENTRE LAS RAPTADAS

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



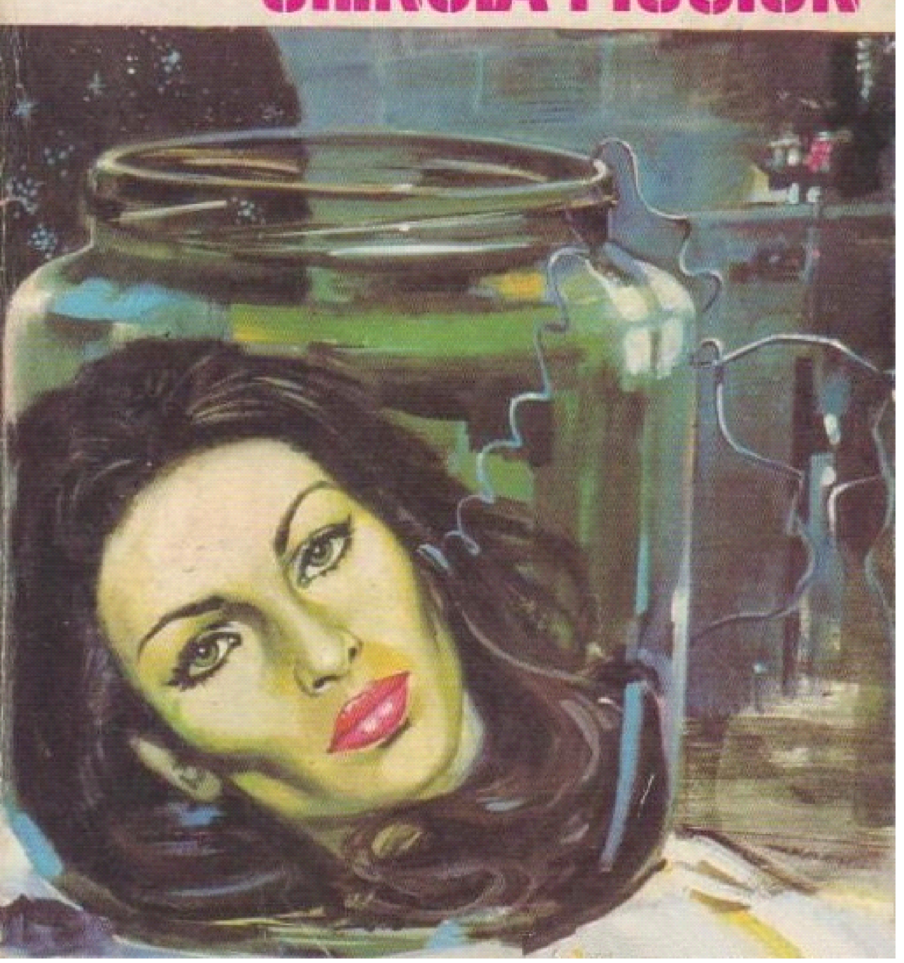
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

PANICO ENTRE LAS RAPTADAS

Ralph Barby

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

421 —Rapto en la Galaxia - *Ralph Barby*.

422 —Misión ”K" - *Clark Carrados*.

423 —Carta del futuro - *Curtis Garland*.

424 —Una casa en Marte - *Glenn Parrish*.

425 —El coloso del espacio - *Joseph Berna*

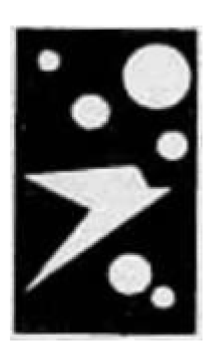
RALPH BARBY

PANICO ENTRE LAS RAPTADAS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 426

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA BOGOTA BUENOS AIRES CARACAS MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: 27.407 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallés (N—152, Km 21.650) Barcelona — 1978

CAPITULO PRIMERO

Jek Rattle caminaba con paso rápido, normal en él; era un hombre de habitual zancada larga. Parecía despreocupado y se dirigía al club de Danielson.

Se detuvo para encender un cigarrillo de *mentobacco*, planta muy superior al tabaco terrícola y que, sin embargo, no producía dependencia, cáncer ni bronquitis y era un placer fumarlo. Desde que se descubriera el *mentobacco* en el planeta Row, los terrícolas lo habían adoptado para sus cigarrillos, lo que había hecho que en el planeta Row crecieran grandes cultivos de esta planta cuyo sabor resultaba difícil de definir. Era una mezcla de tabaco, menta y otras hierbas.

Se detuvo para encender el cigarrillo y lo que hizo también fue escuchar con atención. Tras él se detuvieron unos pasos que, gracias al sensor de escucha que llevaba consigo, había detectado.

Expulsó una bocanada de humo y prosiguió su camino, doblando por una esquina. Se hallaba en Jafa, metrópoli surgida en torno al astródromo del planeta fronterizo.

Mantuvo la mano izquierda cerca del rostro y gracias al mini-poli-computador que llevaba en la muñeca y que le servía de reloj cronógrafo, calculadora y sensor radioescucha amplificador de sonidos, comprobó que los pasos que le seguían habían cesado. Eran dos pares de botas de las usadas por los *row*, que tenían los pies más largos que los terrícolas y más estrechos.

Obviamente le seguían; más por el momento no quiso dar a entender que lo sabía y siguió adelante. Dobló por otra calle y se ocultó tras un tenderete de venta de pequeños artilugios que los viajeros que se detenían en el astródromo de Jafa solían comprar.

Potentes microlinternas, pulseras, abalorios procedentes de diversas civilizaciones, bolsos y un sin número de objetos de escaso valor pero que tenían la gracia de haber sido construidos en las casas que rodeaban el astródromo, por artesanos de los más dispares planetas y que no se habían llegado a integrar en sus respectivas sociedades.

No tardaron en doblar la calle, a su vez, los dos *row* que vestían

largos sayales con capucha cubriendo trajes de combate con casco incluido. Jek Rattle, que había puesto unas monedas en la mano del vendedor del tenderete de artesanías, dejó que éste se encargara de cubrirle.

Era un *itio* de voluminosa figura al que le importaban tan poco los guerreros *Row* como los cosmonautas terrícolas, pero las monedas mandaban y con su gruesa anatomía ocultó a Jek Rattle.

Los dos *row* miraron a un lado y a otro y quedaron desconcertados ante la supuesta desaparición del terrícola. Intercambiaron unos gruñidos entre ellos y se alejaron con paso rápido. Después se separaron para buscar en distintas direcciones.

—Gracias, amigo—le dijo Jek Rattle al *itio*. Este ensanchó sus pómulos morados y respondió:

—Sé bien hallado en Jafa, terrícola. ¿No te interesará, acaso, alguna de mis valiosas mercancías?

—¡Oh, no, por ahora ya tengo de todo!

—Tengo amuletos de la suerte, pulseras, esclavas, collares…

—No, ahora no.

El *itio*, que había recibido con mucho interés las monedas de Jek Rattle, se dio cuenta de que al terrícola no le faltaba el dinero y le cogió por el brazo con sus dedos, tan gordos como el resto de su cuerpo, mientras hacía bailar su mandíbula inferior que se desencajaba de la superior, lo que para los *itios* no tenía ninguna importancia, pues bastaba un gesto de la boca para que volviera a quedar encajada. Solían tenerla desencajada para así absorber más aire para sus pulmones, debido a lo pequeño de sus narices que resultaban insuficientes para oxigenar sus voluminosas anatomías.

—Mira qué esclava de oro, terrícola.

Pese a que Jek Rattle quería escapar del artesano mercader, éste le mostró unas pulseras que, generalmente, no tenían ningún interés. De pronto, una de ellas llamó su atención.

Perforada probablemente con un buril láser, llevaba una lambda minúscula, la undécima letra del alfabeto griego. Cogió la esclava de oro macizo y preguntó:

—¿De dónde la has sacado?

Aquella especie de buhonero interestelar captó, de inmediato, la actitud del terrícola que se había tornado interrogante y agresivo.

—No recuerdo, yo siempre tengo muchas cosas para vender. Si te gusta, te la vendo barata.

—¿De dónde la has sacado? —repitió, casi mascando las palabras y achicando los ojos para escrutar mejor al *itio.*

Este se bamboleó de un lado a otro; era un ser astuto y pese a su voluminosidad, se sabía físicamente inferior a un terrícola o a un *row.*

—Yo compro y luego vendo. Si te interesa, por diez monedas terrícolas es tuya.

—¿Diez monedas? —Jek las sacó de uno de sus bolsillos y se las mostró, pero primero inquirió—: Antes, me dirás quién te la ha dado o de dónde la has sacado.

El *itio* se mostró preocupado. Había tenido algunos encuentros con terrícolas enfurecidos y había salido molido a golpes. En su opinión, los terrícolas golpeaban con sus puños con demasiada rapidez y contundencia, y a él no le gustaban las peleas, ya que se sentía en inferioridad física.

—Yo no quiero problemas.

—Dímelo, o será peor. ¿Quieres que reduzca a cenizas y a metal fundido todo tu tenderete con lo que contiene?

El *itio* observo que Jek Rattle llevaba una pistola ultrainfrarrojos y comprendió que su amenaza podía convertirse en realidad. Comenzó a pesarle haber ayudado al terrícola.

—Me la vendió un *row.*

—¿Su nombre?

—Sopov.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—No sé, se mueve mucho. Recorre todo el planeta y a veces se va a otros planetas.

—¿Es un buhonero fronterizo como tú?

—No, él es un aventurero, un jugador. Puede que esté en el club de Danielson.

—De acuerdo, toma tus diez monedas. Si le pones sobre aviso, vuelvo aquí y te fundo cincuenta kilos de tu peso, cuando menos.

Jek se llevó el brazalete tipo esclava, abierto por uno de sus lados y que con una presión adecuada se ajustaba al brazo que se pretendía adornar. Aquel brazalete tenía la letra griega lambda perforada, una letra equivalente a la *ele* y que tanto los *itios* como los *row* desconocían totalmente.

Era difícil para un terrícola distinguir a un *row* de otro. Pese a ello, Jek Rattle reanudó su camino hacia el club Danielson, el más importante centro de diversión del astródromo de Jafa, un club que no cerraba nunca. Incluso su limpieza se hacía por zonas, del establecimiento que se cortaban en las horas más bajas de clientela. Presumían de no cerrar nunca sus puertas.

Dedujo que era muy posible que se encontrara con los dos *row* que le habían estado siguiendo y no le importó.

No tardó en llegar al club de Danielson, un terrícola que se había enriquecido en aquel lugar. Jek Rattle lo conocía bien.

El club estaba aislado de las demás edificaciones, en la falda de la colina que dominaba el amplio astródromo. Se hallaba enteramente cubierto; no había nada de él al aire libre.

Allí podían encontrarse tipos de lo más variado, terrícolas, *row, itios*, éstos eran los más abundantes, pero también había seres de otros planetas. Aquélla era una ciudad fronteriza entre distintos planetas. El planeta Jafa no tenía habitantes propios y había sido poblado con seres de la Galaxia.

Cualquiera tenía derecho a estar allí, sólo que, después de muchos problemas, la fuerza policial había decidido dejar la metrópoli a su libre albedrío. No había más ley que la que impusiera cada cual con sus puños o con sus armas.

La policía interestelar sólo ejercía vigilancia en el astródromo para evitar sabotajes a las naves que allí se detenían. Cuando se salía del recinto del astródromo, cada cual debía protegerse a sí mismo, por ello era fácil ver a los seres formando grupos, aunque también había tipos solitarios como el *itio* buhonero que eran respetados, porque ellos ayudaban a cualquiera que pudiera pagarles y formaban parte de un pequeño clan.

Se acercó al mostrador principal que se hallaba muy cerca de la entrada y pidió:

—Un paquete de *mentobacco* y algo de beber.

—Son cuatro monedas —le advirtió el camarero, antes de servirle.

La norma del club Danielson, como la de otros clubs de Jafa, era la de cobrar primero y servir después. La muerte rondaba por aquellos lugares de supuesta diversión y nadie se preocupaba de los muertos, salvo que fuera para cepillarles los bolsillos.

—¿Está Danielson en su despacho?

El mozo, un terrícola, sonrió. Introdujo sus manos bajo el mostrador y tecleó. Aguardó un par de segundos y se encendió una luz verde.

—Sí, está en su despacho.

Tras pagar, Jek Rattle se llevó el paquete de cigarrillos de *mentobacco.*

Conocía la ubicación del despacho de Danielson; se hallaba en el subsuelo del club. Penetró en el ascensor y pulsó un botón; la cabina descendió, salió y recorrió un pasillo.

Se encontró ante dos negros terrícolas de casi dos metros y medio de estatura. Los dos gigantes negros iban vestidos con uniforme de vigilantes, cascos incluidos, lo que les convertía en prácticamente invulnerables.

—¿La placa de identidad? —pidió uno de ellos.

Jek Rattle mostró su placa. Comprendía que Danielson se protegiera en Jafa, ya que aquel astródromo fronterizo era un lugar fácil para ser asaltado y morir, máxime cuando se era rico como Danielson.

—Bien.

Uno de los guardianes negros puso su mano sobre un rectángulo blanco que había en la pared y la puerta se abrió automáticamente.

Jek pasó al despacho de Danielson que tenía las paredes llenas de pantallas de T.T.V. Algunas funcionaban con el sonido quitado y en ellas lo mismo podían verse proyecciones de entretenimiento que rincones del propio club o una panorámica del astródromo, con las naves que llegaban o partían de él.

—¡Hola, Jek! ¿Qué te trae por Jafa?

Danielson era un sujeto de cabeza cuadrada que solía sonreír siempre.

—Te va bien con tu club, ¿eh, Danielson? —le observó Jek, sentándose en una butaca, lejos de la mesa escritorio.

Abrió el paquete de *mentobacco* y se llevó un cigarrillo a los labios.

Danielson rodeó su mesa y se sentó en un borde de la misma.

—No has venido para decirme eso, Jek.

—Es cierto —asintió, tras expulsar una bocanada de humo—. Tú eres un terrícola como yo, Danielson.

—¿He de ponerme en guardia?

—Mira, Danielson, voy tras un asunto que puede ser anecdótico o muy trascendente.

—No quiero meterme en más líos que los que ya me trae mi club, Jek, métetelo en la cabeza. Soy un ciudadano libre en Jafa, nada más.

—Ando siguiendo un rastro.

—Está bien, está bien, si llega alguna noticia sobre algo que pueda interesarte, te lo diré, pero ¿de qué se trata?

—Me huelo que los *row* han hecho una cabritada.

—Gente peligrosa los *row*; tienen mentalidad militarista, no son como los *itios* u otros. Los *row* terminarán metiéndose en alguna guerra.

—Lo sé y hay que prevenirse contra ellos.

—Mira, si tratas de fastidiar a los *row*, a mí no me metas en problemas. Esos tipos me pueden incinerar el club en un abrir y cerrar de ojos.

—¿No eres capaz de luchar por los de tu especie, por los de tu planeta?

—Yo no tengo mentalidad de miliciano si no de…

—Mañoso.

—No me busques las cosquillas, Jek, te tengo por un amigo.

—No te meteré en líos, Danielson. De momento ando buscando a un *row* determinado. —Si es sólo eso… ¿Quién es?

—Se llama Sopov.

—Hombre, Sopov…

—¿Le conoces?

—Es un habitual del club, un tipo que pasa más tiempo en Jafa que en otros lugares. Suele viajar, pero siempre viene a parar aquí. Tiene amigos, te lo advierto.

—¿Pertenece a algún grupo determinado?

—No lo sé, es de suponer que sí. Parece un enlace, es muy precavido. Quizá trabaje para el servicio de inteligencia de los *row*, aunque, en apariencia, es un jugador, un aventurero, un buscavidas.

—Sé que ahora está en Jafa.

—¿Tú le conoces bien?

—No, y te confieso que me resulta difícil distinguir a un *row* de otro.

—Veremos si está en el club, pero, recuérdalo, yo no sé nada. Tú puedes meterte en los líos que quieras, pero a mí no me comprometas. Tú te marcharás y yo me quedaré aquí con mi negocio.

—Vamos, búscalo.

Danielson se volvió hacia el panel de mando que tenía en su mesa y comenzó a teclear. Las dos pantallas más grandes se iluminaron y aparecieron quienes en aquellos momentos se hallaban en el club Danielson.

Jek pudo ver en el mostrador al mozo que le sirviera el *mentobacco* y que había advertido a Danielson de que él deseaba verle.

Todo el local estaba perfectamente controlado por cámaras ocultas, de modo que nadie podía intentar nada sin ser visto. No había ningún rincón ciego para las telecámaras que Danielson controlaba desde su despacho, pues podía acercar o alejar el objetivo según le interesara, sólo moviendo un dial.

El club era grande. Salió la piscina múltiple y cubierta, la pista de show donde cualquiera podía subir y actuar en la forma que quisiera, sólo que si había un gran abucheo por parte del público tenía que

abandonarla. Si no lo hacía en un plazo breve, una trampilla del propio escenario lo engullía y a través de un tobogán cerrado se deslizaba hasta la calle, lo que era aplaudido por el público.

De pronto, apareció una mesa de juego de naipes.

—Mira, ahí lo tienes.

Los *row*, salvo pequeñas diferencias, se parecían mucho a los terrícolas, aunque sus cabellos eran de un rojo morado y sus ojos, más grandes de lo normal en un terrícola.

—¿Ese es Sopov?

Danielson manipuló en el dial y acercó la imagen, pudiendo ver cada uno de los detalles de su rostro.

—Ese es el hombre que buscas, pero ándate con cuidado. Ha enviado al infierno a más de una docena de tipos entre terrícolas, *itios* y *row*. Es de temer y te hablo sólo de los que han muerto de forma ostensible a sus manos. Es de suponer que tenga más muertos sobre sus espaldas.

—Procuraré no engrosar su lista.

—Si vas a verle no me mezcles a mí, Jek, recuérdalo.

—Lo recordaré. Prefiero que sigas vivo, por si tengo que pedirte algún otro favor. —Terminarás hundiéndome, Jek.

—No temas, si te portas bien no sucederá nada. Tú no querrás que sea yo quien te hunda el club, ¿eh?

—No será una amenaza lo que dices, ¿verdad, Jek? No puedo creerlo de ti.

—Mira, Danielson, ando sobre algo que puede ser importante. Al final habrá bronca y de la gorda, esos *row se* la están buscando.

—Un momento… —Le interceptó el camino hacia la puerta—. ¿Qué supones que han hecho?

—Han desaparecido unas chicas terrícolas.

—¿Trata de mujeres terrícolas?

—Es posible. Eran chicas que habían terminado de graduarse como pilotos cosmonautas, es decir, mujeres jóvenes y perfectas.

Danielson ensombreció su rostro. Miró la pantalla donde aparecía el rostro del llamado Sopov y en tono de observación preguntó:

—¿No han podido perecer en un accidente?

—No puedo decirte más, en la Confederación hay silencio al respecto. Tenemos que encontrarlas al precio que sea y si los *row* las han raptado, habrá problemas.

—¿Para qué pueden quererlas ellos?

—No lo sé, pero los terrícolas nos parecemos mucho a los *row*, hasta nuestra sangre es igual. Hace algunos lustros se descubrió que los *row* habían capturado y convertido en esclavas a unas terrícolas Todas ellas fueron violadas y llenaron un burdel muy exótico para ellos.

—Sin embargo, no hubo descendencia.

—No, porque las muchachas estaban preparadas con anovulatorios de larga duración, pero podía haber habido descendencia.

—¿Estás en contra de la mezcla de *row* y terrícolas?

—No entro ni salgo en ese tema, pero cada gobierno planetario tiene sus propias leyes. La Confederación Terrícola no desea esta mezcla; en opinión de los científicos saldría perdiendo nuestra especie. Los *row* han mantenido demasiadas guerras nucleares entre ellos mismos y han recibido los efectos destructivos de la radiactividad. En realidad, han venido mutando hacia peor; hay quien dice que son una especie a desaparecer. Su nivel de natalidad ha descendido aunque ellos traten de ocultarlo, poseen un índice muy elevado de abortos y nacimientos de niños deformes y se supone que es debido a la degradación cromosómica de sus genes, causada por las radiaciones nucleares de sus habituales guerras atómicas.

—La verdad, no he oído nada sobre ese asunto de muchachas terrícolas raptadas y nada menos que pilotos cosmonautas…

—Bien, Danielson, ya sabes demasiado, de modo que no te vayas de la lengua.

—Un momento, Jek, un momento…

—¿Qué pasa, más preguntas?

—¿Llevas este asunto como cosa personal?

Sus miradas se encontraron. Jek Rattle respondió:

—Conozco bien a una de ellas, se llama Lambda.

—¿Tu chica?

Jek Rattle no quiso responder. Su rostro se había endurecido y su mirada se había perdido en los recuerdos. Respiró hondo, volvió a lanzar una ojeada a la pantalla de televisión donde apareciera el rostro de Sopov y dijo:

—Es posible que volvamos a vernos.

Abandonó el despacho. Pasó entre los negros vigilantes y tomando el ascensor, subió al club.

Estuvo perdiendo el tiempo en apariencia, pero ya tenía vigilado el reservado donde estaba jugando Sopov.

Jek se había fijado muy bien en él para no confundirse y al fin, le vio salir. Sopov lanzó una ojeada hacia la pista donde actuaban unas bailarinas terrícolas.

Jek le siguió con la mirada. Sopov se acercó al mostrador y pidió una copa para beber. Pagó y salió del club. Jek Hattie fue tras él, en el exterior ya había oscurecido.

Jek le vio cruzar la calle y anduvo aprisa para ponerse a su altura, lo que consiguió al llegar a la siguiente esquina.

El *row* se revolvió, llevando la mano a la culata del arma que colgaba de su cinturón. Jek consiguió propinarle un golpe de *Karate* con el canto de la mano; el *shuto-uchi* entró perfecto y el arma del *row* cayó al suelo.

El *row* gruñó como solían hacerlo cuando estaban enfurecidos y golpeó a Jek con la rodilla, más éste aguantó. Lo tomó por el brazo, lo hizo girar y lo volteó sobre su propio cuerpo, lanzándolo contra la pared. De inmediato, se arrojó sobre él, poniéndole su arma de ultrainfrarrojos debajo de la mandíbula.

—Te voy a fundir los sesos si te mueves.

—No tengo mucho dinero, ésta no ha sido mí noche de suerte —farfulló Sopov, temiendo que el terrícola pudiera dispararle.

Jek, que había soltado una de las manos de Sopov, le controlaba montado a horcajadas sobre él, apoyándole el cañón de su pistola de

ultrainfrarrojos en la mandíbula. Metió su mano en el bolsillo y de él extrajo la pulsera de oro que le mostró.

—¿De dónde la has sacado?

—¿Yo?

—Sí, sé que tú la tenías. ¿Acaso no reconoces esta pulsera?

—Yo, yo compro y vendo cosas…

—Tienes tres segundos para decírmelo; si no, te vas al basurero desintegrado esta misma madrugada para que no apeste tu cuerpo.

Los grandes ojos de Sopov miraron la pulsera en la que destacaba la letra Lambda. Tragó saliva con dificultad.

—La, la encontré en el suelo, fue una suerte…

—Estúpido. ¿Crees que vas a tomarme el pelo? Vamos, te queda sólo una oportunidad.

Los ojos del *row* vacilaron mientras comenzaba a decir:

—La cambié por una sortija… una sortija con una esmeralda flash engarzada.

—¿A quién?

El *row* volvió su mirada hacia la derecha y Jek comprendió que estaba en peligro, tenía que actuar.

Se tumbó de lado, en la parte contraria a la que había mirado Sopov y pasó el cañón de su pistola por encima del cuerpo del *row* tras el que se había protegido.

Los *row* que le habían estado siguiendo aquella misma tarde dispararon contra él. Sus rayos dieron en el cuerpo de Sopov tras el que se había parapetado el terrícola, que replicó a la agresión disparando, a su vez, la pistola de ultrainfrarrojos.

Los dos *row* se pusieron incandescentes mientras se retorcían de dolor. Luego cayeron al suelo carbonizados mientras Jek se apartaba de Sopov que se iluminó y semejó estallar tras recibir los impactos que iban dirigidos a Jek pero que, por error, había recibido él y que medio lo desintegraron.

Jek, con la pistola en la mano, se levantó. Miró en derredor buscando algún otro posible enemigo y puso en marcha el sensor que

llevaba en la muñeca. Escuchó. No había pasos ni respiraciones cerca, los tres *row* habían muerto y ya nada podía sacar de ellos. Prefirió disolverse en la noche.

CAPITULO II

Cada una de las diez muchachas, al despertar, se encontró dentro de una amplia cápsula de cristal donde podían moverse y respirar sin problemas; incluso ponerse en pie a voluntad.

Unas se veían a otras, mas era inútil tratar de comunicarse a voces porque no llegaban a oírse. El cristal era demasiado grueso para que sus voces lo traspasaran.

Las jóvenes pilotos cosmonautas ignoraban que se hallaban en el planeta fronterizo que servía para saltar de un sistema estelar a otro, pero que no era de nadie en particular y cuyo astródromo estaba controlado por un cuerpo formado por terrícolas, *itios* y *row*, las tres civilizaciones preponderantes.

Lambda tuvo la sensación de que vivía una pesadilla. Golpeó el cristal para tratar de romperlo y fue inútil. Gritó y de nada le sirvió.

Aquellas celdas de cristal se hallaban dentro de un pabellón que no tenía ventanas en sus paredes y sí una cúpula encristalada e inaccesible, salvo que se poseyeran un par de alas o unos cohetes propulsores.

Se abrió una puerta en la pared y aparecieron varios *row* que se pasearon por delante de las muchachas como comprobando que se hallaban en perfecto estado y que todas habían despertado.

Lambda era una joven muy entrenada para mantenerse fría en las situaciones más difíciles. No se daba el título de piloto cosmonauta u alguien que se dejara arrastrar por sus impulsos y emociones; pero Lambda, en aquel momento, creyó oportuno demostrar que se sentía violenta en su libertad.

Comenzó a girar y a golpear los cristales con sus puños y sus compañeras hicieron lo mismo, lo que pareció preocupar a los *row*, que las observaron con atención.

Decidieron marcharse y, al poco, regresaron con otro *row*. Ese, en su guerrera, llevaba varias estrellas significativas de su alta jerarquía en la milicia *row*.

Se encaró con Lambda y le habló a través de un emisor que en alguna forma se introducía en el interior de la cápsula de cristal. En el suelo de la misma debía haber conectado un altavoz y un micrófono para que Lambda pudiera oírle.

—Terrícola, ¿me escuchas?

—¡Sacadnos de aquí, dejadnos en libertad, esto es una provocación!

—No os sucederá nada desagradable si os portáis bien.

—¡Exigimos la inmediata libertad! —gritó Lambda.

—Tendréis la libertad, pero habéis de tener un poco de paciencia. Sois terrícolas bien entrenadas y disciplinadas, por lo que podréis entender mucho mejor que no se os quiere hacer ningún daño.

—¿Ningún daño? Ya nos lo habéis hecho al raptarnos, ¿dónde estamos?

—No puedo responder a todas vuestras preguntas. Estáis bien, y no se os ha causado ningún daño, ni siquiera se os han colocado cinturones de sujeción y castigo.

—Mejor el cinturón de castigo que permanecer encerradas en estas celdas de cristal.

Intuyendo que sus compañeras la estaban oyendo a través de los telecomunicadores incrustados en las propias cápsulas de cristal, Lambda preguntó:

—¿No es cierto, compañeras?

Todas asintieron con la cabeza.

Lambda, al igual que las otras muchachas, vestía una ligera camisa que le llegaba a las rodillas y no llevaba nada más encima.

Les habían quitado relojes, computadores, intercomunicadores, anillos, pulseras, incluso los zapatos y cualquier adorno del cabello. Mientras habían permanecido inertes, las debían haber desnudado y despojado de cuanto llevaban, vistiéndolas luego con las ligeras camisas blancas, aunque cada una llevaba un número que diferenciaba a unas de otras.

—Está bien, está bien, pero os advierto que el cinturón de sujeción y castigo puede ser algo muy molesto si desobedecéis.

—No queremos estar encerradas aquí como animales —protestó Lambda.

—Si os dejamos salir, será con el cinturón.

Lambda, comprendiendo que pretender que las dejaran en libertad era inútil, por el momento, se inclinó por el cinturón de

sujeción y castigo. Por lo menos se movería fuera de aquella celda de cristal que las colocaba en una situación muy humillante.

El oficial *row* cerró el intercomunicador y dio órdenes a sus hombres que se alejaron. Al poco, regresaron trayendo cinturones de malla metálica con una gran hebilla que recibía y ejecutaba las órdenes, enviando corrientes de alta frecuencia al cuerpo de las prisioneras.

Se encararon con Lambda y la cápsula de cristal se elevó, quedando libre el suelo de la misma.

—Baja, terrícola.

Lambda era muy activa, pese a que en algunos momentos demostraba una frialdad nada común. Había obtenido el número uno de su promoción de pilotos cosmonautas y se había preparado concienzudamente, no sólo para conseguir el título sino para, luego, llevar adelante su profesión con la máxima eficiencia posible.

En pocos momentos había comprendido dos cosas: La primera, que si se quedaba encerrada en las celdas de cristal no podría escapar ni hacer nada por su libertad, y segunda, que si le colocaban el cinturón de sujeción y castigo se convertiría virtualmente en una esclava de la que podrían hacer lo que quisieran, causándole grandes dolores si no obedecía. Sin embargo, sabía que había cosas peores y una de ellas era el collar de esclavos que tenían los *row*, con un electrodo que controlaba el cerebro en su parte baja y resultaba de lo más doloroso y torturante.

Aquel collar, oficialmente, había sido erradicado tras unas conversaciones con los demás gobiernos de la Galaxia por considerarse totalmente inhumano e impropio de seres civilizados.

Si deseaba obtener la libertad tenía que arriesgar el todo por el todo. Tenía algo a favor y su intuición femenina la había captado: Los *row* que la habían capturado la querían viva, por lo que era de esperar que si, le disparaban, no lo harían a matar.

Lanzando un agudo grito, saltó desde la plataforma que constituía el suelo de la cápsula de cristal.

Su talón derecho alcanzó el rostro del oficial, justo en la base de la nariz, proyectándolo hacia atrás como si fuera un muñeco inerte.

Cuando los otros dos *row* quisieron reaccionar ante aquel ataque tan rápido como eficaz por parte de Lambda, la muchacha ya corría

hacia la puerta.

—¡Se escapa, se escapa! —rugió uno de ellos, tratando de desenfundar su arma.

El otro le contuvo con la mano libre, ya que en la otra portaba los cinturones de sujeción y castigo.

—No podemos matarla, hay que llevarla viva, ya conoces las órdenes.

Los dos *row* corrieron tras la joven que parecía tener alas en los pies. Esta cerró la puerta y descubriendo un pasador, lo colocó, dejándolos encerrados. No había tenido ni tiempo de decirles adiós a sus compañeras. Debía huir y no para abandonar a sus compañeras terrícolas, sino para intentar dar aviso de lo que sucedía y así poder liberarlas.

Lambda era consciente de que los *row* avisarían a sus compañeros con telecomunicadores, para que salieran a buscarlas.

Se encontró, de pronto, en una nave grandiosa que, en realidad, era un hangar con focos en el techo. Allí había una nave *row* de tipo medio.

Lambda, suponiendo que allí debía haber otros *row*, corrió. En vez de seguir buscando puertas, optó por subir por una escalera y pegarse al suelo de un altillo. Aguardó, tensa. Si seguía corriendo estaría perdida, ya que incluso ignoraba por dónde podía escapar y para los *row* sería como coger a un ratón ya metido dentro de una jaula.

De pronto, se produjo la alarma…

Sonó una chicharra insistente y luces rojas comenzaron a parpadear por todas partes. Lambda era consciente de que en aquellos momentos tenía que hacer uso de su frialdad. Debía controlar sus nervios y no actuar como una pieza de caza que al verse acorralada se asusta y salta de su escondrijo.

A través del suelo enrejado, pues era metálico, vio a los *row* correr de un lado a otro. Entonces descubrió cuál era la salida.

Se arrastró para no ser vista y así llegó hasta un ángulo por donde subían unas tuberías de servicio, introduciéndose por un hueco.

Al observar que dos *row* trepaban por las mismas escaleras que ella utilizara, Lambda se agarró a los tubos y subió por ellos introduciéndose en el estrecho hueco. Se ocultó allí como si fuera un

insecto.

Escuchó las voces de los *row*, incluso sus pasos. Cerró los ojos que, por otra parte, ya no veían nada y aguantó en su difícil situación, encajada en el hueco, pegada a las tuberías.

Buscaron y buscaron, la alarma se silenció y las luces rojas también dejaron de parpadear.

Pese a sus excelentes condiciones físicas, Lambda comenzó a sentirse cansada, pero se dispuso a resistir hasta que las fuerzas le fallaran. Si trataban de capturarla de nuevo, ella no iba a darles facilidades.

Los milicianos *row* habían salido al exterior buscando a la fugitiva que parecía haberse disuelto en el aire, pues no la encontraban por parte alguna. Las órdenes, en forma de gritos y gruñidos, cruzaban el espacio de un lado a otro y Lambda podía oír algunos de ellos desde su escondrijo en el que pensaba resistir lo suficiente hasta que el ambiente se tranquilizara.

Lambda pensó en sus compañeras que seguirían encerradas en las cápsulas de cristal, mas no podía hacer nada por ellas. Carecía totalmente de armas y tratar de escapar, todas a la vez, era imposible; en cambio, si escapaba una, podía llegar a alguna parte y pedir ayuda. Su objetivo sería, ahora, encontrar a algún terrícola.

Descendió del hueco en el que se había escondido y se pegó al suelo metálico para no descubrirse. Estuvo observando muy atentamente la gran nave *row*, una nave de tipo medio para llevar personal de un planeta a otro.

Aquella nave, como bien sabía Lambda, estaba armada con poderosos cañones *Flash-O* y otros artilugios bélicos, además de poseer una coraza magnética.

Vigiló bien a los *row* que se movían por debajo de ella y estuvo calculando sus posibilidades de llegar a la puerta de salida.

Dejó pasar un tiempo que le pareció una eternidad, pero no fueron más que tres horas. Su estómago demandaba comida y sus labios agua.

Reptó hacia la escalera y comenzó a resbalar por ella. Así llegó al suelo del hangar. Con sus pies desnudos corrió, parapetándose tras unas cajas cuando un *row* pasaba junto a ella. Lambda contuvo la respiración y el *row* pasó de largo, sin hacer ruido, apenas

deslizándose como una brisa suave.

La joven consiguió llegar a la puerta, la rebasó y de pronto se encontró con un oficial *row* cara a cara, que se la quedó mirando con sus ojos, muy grandes y sorprendidos.

—*üKiaiiill*

Entrenada para la lucha, por si se encontraba en una situación como aquélla, Lambda lanzó su grito de combate y las puntas de los dedos de su mano derecha se metieron con increíble fuerza por debajo de la mandíbula del *row*, partiéndole el glotis, aplastándole el nacimiento de la tráquea y el estómago, dejándolo sin respirar y sin poder gritar.

El *row* cayó hacia atrás. Lambda lo cogió por los pies y lo introdujo por una puerta lateral para que no quedara tan a la vista. Se limpió los dedos de sangre con la propia guerrera del *row* y luego le quitó el arma. Con ella en la mano, se sintió más segura.

Avanzó por una rampa circular ascendente por la que podían deslizarse pequeños vehículos. Debía haber ascendido unos sesenta o setenta metros de altura, cuando llegó al exterior.

Era de noche. Lambda ignoraba totalmente dónde estaba y en qué dirección debía de huir y algo que lamentaba era no llevar los pies calzados.

Desde el exterior, apenas se notaba que en el subsuelo existía el hangar para astronaves, lo que hizo suponer que podía ser un lugar secreto de los *row*.

Corrió entre unas rocas y, al fin, llegó a una arboleda. Se detuvo, se sentó al pie de un árbol y entonces descubrió el cielo con tres lunas, dos más pequeñas equiparables a la Luna en el planeta Tierra y otra luna más grande.

—Tres lunas y una de ellas grande… Esto no puede ser otro lugar que el planeta fronterizo Jafa —se dijo, reconociéndola gracias a las tres lunas que había visto innumerables veces en cintas de T. T. V.

Lambda sabía muy bien que el planeta fronterizo se utilizaba como lugar de descanso y aprovisionamiento para saltar de un sistema solar a otro. Ignoraba cómo había podido llegar tan lejos. Se tocó los pies y comprobó, con dolor, que tenía ya algunas heridas al haber corrido por un terreno duro.

Avanzó entre los árboles cuando descubrió un A.H.C., un vehículo

para circular por los suelos de los planetas que tuvieran atmósfera. Funcionaba elevándose sobre un colchón de aire y propulsándose por energía nuclear.

Junto al A.H.C. (que eran las siglas de *atom-hover-craft*) había dos seres; uno de ellos era un *row* armado y el otro, un androide, es decir, un robot de rastreo, capaz de detectar a una hormiga a un kilómetro de distancia.

Era un androide tipo *Ivum* y no había sido fabricado en una cadena de robots biónicos del planeta *Row*, sino por los terrícolas, quienes los habían puesto a la venta después de fabricarlos en serie.

Los seres de *Row* habían adquirido algunas partidas de aquellos eficaces androides que se podían programar para diversos usos. Lambda observaba que los *row* habían programado a los androides tipo *Ivum* para rastrear fugitivos como ella.

Como no había más remedio que escoger, ya que había sido raptada, decidió atacar al *row*, pero éste se dio cuenta demasiado pronto de que ella estaba allí porque el robot *Ivum* se lo advirtió dando unos pitidos y lanzando destellos con varias luces que llevaba en lo que podía considerarse cabeza.

—¡Quieta! —le ordenó el *row*.

Lambda no dudó en disparar su arma contra el *row*, que se incineró. El *Ivum* comenzó a dar más pitidos. Lambda llegó junto a él y como conocía bien su funcionamiento, lo desconectó. Luego abrió la puerta que ocultaba los mecanismos de la cabeza y extrajo una cinta magnética que arrojó lejos. Volvió a cerrar la cabeza del robot y éste cesó de lanzar pitidos de alarma. Parecía haberse vuelto muy pacífico y quedó quieto junto al vehículo A.H.C.

—Vamos, *Ivum*, sube, nos marchamos.

—Positivo, obedezco —respondió *Ivum* con su voz de bocina.

El androide *Ivum* subió al vehículo y Lambda se puso al volante, notando un gran alivio en sus pies heridos. Puso en marcha el A.H.C. y éste se elevó medio metro sobre el nivel del suelo. Lo hizo girar y se desplazó en dirección contraria adonde se hallaba el hangar.

Lambda ignoraba hacia dónde debía ir para llegar a algún lugar habitado del planeta fronterizo; sabía que el astródromo de Jafa, con la metrópoli que lo circundaba, se hallaba en el paralelo cuarenta y meridiano doce del planeta, pero no tenía medidores, ni siquiera un

sextante apto para aquel planeta, por lo que decidió huir a la ventura.

Sabía que cuando descubrieran a los dos *row* a quienes había tenido que atacar para poder huir, darían otra vez la voz de alarma y comenzaría la búsqueda.

El robot *Ivum* permanecía quieto sin exteriorizar nada hasta que, de pronto, comenzó a lanzar pitidos y sus luces parpadearon. Lambda le miró y preguntó:

—¿Has visto algo, *Ivum*?

—Positivo. Edificación menor habitada, positivo.

Lambda disminuyó la velocidad. Si encontraba gente podría preguntar y orientarse. Tenía que presentarse a alguna autoridad terrícola y comunicarle lo sucedido. Sus compañeras continuaban raptadas en poder de los *row*.

Divisó un módulo prefabricado y transportable que servía de hábitat para mineros y colonos. Despacio, apagando el foco de su vehículo, Lambda se acercó a la edificación transportable. Detuvo el A.H.C. y preguntó al androide:

—¿Hay gente dentro?

—Positivo.

—¿Cuántos?

El androide *Ivum* semejó hacer cálculos y al fin respondió:

—Tres.

—¿Son terrícolas o *row*?

—Positivo.

—¿Positivo qué, row?

—Positivo…

—¿Terrícolas?

—Positivo.

Lambda quedó desconcertada, no sabía si había sólo *row*, sólo terrícolas o mezcla de ambos. Tampoco olvidaba que ella misma había quitado una *cassette* magnética del computador del androide, lo que le hacía funcionar a bajo rendimiento. Posiblemente, muchas cosas de

las que ella pudiera preguntarle estarían incluidas en la cinta que había arrojado al bosque.

—Está bien, *Ivum*, no te muevas de aquí.

—Positivo, cumplo órdenes, no me moveré de aquí.

Lambda volvió a sentir dolor en las plantas de sus pies desnudas y heridas, pero con la pistola de los *row* en la mano, dispuesta a pulsar su botón de disparo si se presentaba algún peligro, se acercó al módulo.

Las ventanas no dejaban ver nada. Se acercó a la puerta cuando, de pronto, hubo una alarma de luces que se encendieron, iluminándola de lleno.

Lambda se sintió desconcertada, mas, pese a las luces, si los que allí estaban eran terrícolas no tenía por qué huir.

Se abrió la puerta y aparecieron dos terrícolas que la descubrieron de inmediato.

—¡Si es una terrícola y no un rinosaurio! —exclamó uno de ellos. Los rinosaurios eran los animales que abundaban por aquel lugar y resultaban sumamente peligrosos por lo carniceros y voraces que eran.

Lambda suspiró de alivio; había encontrado a dos terrícolas.

—Menos mal, vengo huyendo de los *row* —dijo, acercándoseles y bajando el cañón de su arma.

—¿Huyes de los *row*? —repitió uno de los dos hombres que lucía un gran bigote de guías caídas.

—Sí, he escapado de ellos. Me tenían raptada y también tienen raptadas a unas compañeras mías. Debemos avisar inmediatamente al representante de la Confederación Terrícola.

—Sí, sí, claro, pasa —le invitó uno de los dos terrícolas.

Lambda se introdujo en el hábitat y quedó frente al tercer personaje que allí estaba. Era un *row* que se la quedó mirando fijamente.

—¿Eh?

El terrícola del bigote de largas guías le dio un golpe en la mano y al actuar por sorpresa, logró arrebatarle la pistola que Lambda empuñaba. La joven quiso recuperarla, más el otro terrícola la cogió

por la cintura.

—¡Quieta, fierecilla! —exclamó, riéndose.

Lambda le propinó un talonazo hacia atrás que le acertó justo en lo que escondía entre las piernas, haciéndole gruñir de dolor.

La muchacha intentó arremeter contra el otro terrícola cuando se vio encañonada por el *row* que la amenazó, muy grave.

—Considérate muerta si no te entregas, terrícola.

Lambda vio el orificio del arma que empuñaba la mano del *row*, una mano que lucía una sortija con una esmeralda centelleante del tipo flash. Se entregó, desanimada; de nada le iba a servir ni a ella ni a sus compañeras el que la mataran.

—Tengo que avisar a mis superiores, soy una piloto cosmonauta terrícola. Si atentáis contra mí, pondréis en peligro la paz galáctica.

—No tiene por qué enterarse nadie, si tú desapareces—objetó el *row*.

—Sí, eso, no tiene que enterarse nadie—se rió el terrícola del bigote.

Lambda le lanzó una mirada de reprobación y silabeó:

—Me dais asco, os vendéis al dinero de los *rovo*.

—Vaya con la piloto —ironizó el terrícola del bigote.

—A mí tiene que pagarme lo que me hecho —gruñó el otro, más recuperado del golpe recibido.

—No la toques —advirtió el *row* que controlaba la situación con su pistola.

—¿Qué pasa, acaso es muy importante para vosotros?

—Mucho, su cuerpo ha de estar intacto.

—¿Y quién ha dicho eso? —insistió el terrícola.

—Lo exige la reina de los *row*.

CAPITULO III

El general Gyaros era uno de los tres hombres que controlaban el astródromo de Jafa, el planeta fronterizo entre los más importantes sistemas estelares de la Galaxia. En realidad, el astródromo estaba controlado por las tres fuerzas más importantes de la Galaxia que eran los terrícolas, los *row* y los *itios.*

Las otras civilizaciones se hallaban todavía en un estrato inferior de desarrollo y carecían de la fuerza espacial suficiente para codearse siquiera con los *itios*, a los cuales se les hacía la concesión de formar parte de los mandos conjuntos, aunque, en realidad, tanto a terrícolas como a *row* les interesaba la presencia de los *itios* que servían de intermediarios, o colchón suavizante entre *row* y terrícolas, que sostenían constantes roces, especialmente por el exacerbado militarismo y ambición de los *row*.

Jek Hattie entró aquella mañana en el despacho privado del general Gyaros. Este le tendió la diestra y ambos estrecharon sus manos.

—Sabía que había llegado a Jafa, Rattle.

—Sí, mi nave está en el astródromo.

—Una nave pequeña pero rápida y, según cuentan, bien armada, aunque no se note a simple vista.

—Estoy en este planeta fronterizo en misión especial, general.

—Lo suponía.

—¿No quiere saber por qué he venido?

—Si se lo hubiera preguntado, ¿me habría dado una respuesta, Rattle? Sé que sus investigaciones suelen ser secretas.

—En este caso, creo que puedo decirle algo, por eso he venido a verle.

—Le escucho.

Jek Rattle se sentó en una butaca. Observó que el general Gyaros se retrepaba en su asiento, fruncía el ceño y, pese a que quería demostrar frialdad, se le notaba tenso. Jek Rattle estaba en contacto con las más altas esferas de la Confederación Terrícola.

—¿Ha controlado las naves *row* que han llegado en los últimos quince días?

—Naturalmente.

—¿Todas?

—Sí, sólo han llegado dos a Jafa, pero creí que me iba a contar algo y no a someter a un interrogatorio.

—En realidad, he de evitar un posible enfrentamiento entre el Gobierno de *Row* y la Confederación Terrícola. Podríamos terminar en una guerra espacial que nos llevaría a una destrucción planetaria.

—Sí, todos tratamos de evitar ese enfrentamiento —suspiró—, aunque algunos opinan que, a la larga, nadie podrá impedirlo. Algunos terrícolas viven en el planeta *Row* y algunos *row*, en el planeta Tierra. Ellos serían los primeros en pagar las consecuencias; si el caso es tan grave, habrá que ir con cuidado.

—Por eso trabajo solo, como un particular. Nuestra conversación no debe transcender. Mi visita a usted, general Gyaros, debe quedar como una simple charla amistosa; usted fue profesor mío hace algunos años.

—Lo recuerdo bien, Rattle, y ya vaticiné que sería usted un hombre muy eficaz para cualquier trabajo que se le encomendara.

—Ahora quiero preguntarle si las dos naves *row* han sido controladas según las normas.

—Efectivamente, todas las naves son controladas, incluso la suya, Rattle.

—¿Seguro que en las naves *row* no había seres vivos encerrados?

—No, no los había. Cuando llegan las naves, se hace descender a todo el personal y según las normas, se someten a un detector biológico superior. Puedo asegurarle que en las naves *row no* había signos de vida, aparte de los tripulantes y pasajeros. Este control es muy riguroso, ya que en el pacto de no agresión entre los planetas se prohibía el traslado de tropas de asalto de un lugar a otro de la Galaxia, tropas no declaradas, por supuesto, milicianos de una u otra civilización que, en un momento dado, podrían ser depositados en algún planeta o planetoide para asestar un golpe mortal a los sorprendidos colonos. El control de seres superiores es perfecto y están prohibidos los robots armados, según la convención del pacto de no agresión. ¿Acaso busca a milicianos camuflados?

—No, general Gyaros, busco a mujeres terrícolas jóvenes, pilotos cosmonautas.

—¿Terrícolas, dice?

—Sí.

—¿Y las busca en naves *row*?

—Rapto, general Gyaros, rapto —repitió claramente.

—No es posible. Los *row* no se atreverían a tanto a estas alturas, después de lo que ocurrió cuando hubo trata de esclavas, lo que estuvo a punto de desencadenar una guerra interestelar entre los *row* y nosotros.

—Verá, general Gyaros, se detectó la súbita desaparición de diez pilotos cosmonautas que habían ido a pasar unas cortas vacaciones en un área salvaje del planeta Tierra para vivir en contacto con nuestra Naturaleza antes de incorporarse a la vida activa de la milicia espacial al servicio de la Confederación.

—¿Los *row* dejaron algún rastro?

—No.

—Entonces, es muy aventurado acusarles de la desaparición de esas pilotos cosmonautas.

—Se tuvieron sospechas, pese a que se rastreó toda el área sin que aparecieran por parte alguna.

—Insisto en que es demasiado aventurado acusar a los *row* sin pruebas que lo justifiquen; no podemos olvidar lo belicosos que son.

—Por más belicosos que sean, no debemos demostrarles que tememos un enfrentamiento con ellos. Si lo hiciéramos, terminarían por someternos a través del miedo.

—Bien, bien, es como usted dice, Rattle, pero yo tengo órdenes concretas para evitar, como sea, todo enfrentamiento con los *row*; por supuesto, haciendo que se cumplan los pactos de no agresión y control de naves, y de este astródromo.

Jek Rattle sacó de su bolsillo la pulsera con la letra lambda minúscula perforada en el oro, de forma que se podía ver a través de ella.

—Mire, general Gyaros.

—Una pulsera esclava de oro, ¿Es importante?

—Pertenece a una de las pilotos cosmonautas desaparecidas.

—¿Y?

—Di con ella, ayer, Buscando, buscando, se encuentran rastros.

El general Gyaros observó la pulsera sin tocarla con sus dedos y luego preguntó;

—¿Tiene algo que ver esta pulsera con la muerte de tres *row* esta madrugada pasada?

—Sí.

—Suponía que había sido usted, Rattle, y le prevengo que es peligroso, aunque menos mal que el luctuoso hecho ocurrió fuera del recinto del astródromo, lo que habría complicado mucho las cosas.

—Las muertes en Jafa son más habituales de lo que muchos suponen.

—Es cierto y los mandos nos enteramos de ellas; somos informados convenientemente aunque no intervengamos fuera del recinto del astródromo, lugar donde se limita nuestra jurisdicción. Una muerte por las calles de Jafa puede atribuirse a algún vulgar asalto por parte de maleantes que tanto abundan en un planeta fronterizo como éste.

—Encontré una pista y cuando quería saber más de ella, fui atacado y tuve que defenderme.

—Pues debió de hacerlo muy bien porque murieron tres *row*.

—Dos de ellos venían siguiéndome; ahora sólo sé que hay un *row* que lleva un anillo de esmeralda centelleante.

—¿Un anillo de esmeralda centelleante no es un anillo único?

—Lo sé y buscaré lo que haga falta. Verá, general Gyaros, querría de usted que se asegurase de que esas pilotos cosmonautas terrícolas no están en ninguna de las naves *row* que se hallan estacionadas en el astródromo.

Gyaros suspiró antes de aceptar.

—Me aseguraré, aunque no creo que descubramos nada. Los controles ya están pasados y dieron negativo. ¿Está usted seguro de que esas muchachas desaparecidas pueden estar, aquí, en el planeta fronterizo?

—Casi.

—Casi no es todo.

—Lo sé. Si las hubiera visto con mis propios ojos, le daría el sí absoluto.

—Está bien, pero operaré con cautela, sin despertar sospechas.

—De acuerdo.

—¿Y que hará usted, mientras tanto?

—Rastrear el planeta lo que haga falta, general. Los *row* pudieron desembarcar a las muchachas dentro de algún *container* sin despertar sospechas y quizá las tengan ocultas en alguna parte del planeta.

—Dentro de seis o siete horas llámeme y le daré los resultados obtenidos en el astródromo, aunque me temo que sean tan negativos como los que usted va a conseguir rastreando el planeta. Sólo encontrará buscadores de minerales valiosos y colonos de plantas exóticas. Este planeta tiene demasiadas tormentas secas y, en pocas horas, vastas extensiones quedan arrasadas; no es un astro con atmósfera muy estable. El mejor lugar del planeta es Jafa, por eso se ha instalado aquí el astródromo y la metrópoli, plagada de aventureros.

—Yo jamás me doy por vencido de antemano, general Gyaros. Mis sospechas sobre la estancia, aquí, de las jóvenes raptadas son bastante fuertes y seguiré investigando. Si los *row* logran sacarlas de este planeta después de aprovisionarse para continuar viaje hacia *Row*, va a ser muy, pero que muy difícil, rescatarlas.

—Si llegan a *Row*, es cierto, va a ser muy difícil rescatarlas; lo que no me explico es por qué habrían de correr los *row* un riesgo semejante de ser descubiertos y desencadenar una guerra galáctica tan sólo por apoderarse de diez terrícolas digamos que novatas en la experiencia espacial. ¿Qué iban a conseguir con esas chicas, Rattle?

—No lo sé, pero es algo que tengo que averiguar y me temo que esas diez muchachas son muy importantes para los *row*. Algo diabólico deben estar tramando.

—Si se han expuesto tanto como usted supone, debe ser como usted dice, algo diabólico.

—General, le llamaré por línea privada y, no tema, procuraré que todo lo que suceda sea en forma aparentemente particular para evitar

una guerra *row-terrícola*, que resultaría funesta.

—No lo dude, Rattle, no lo dude; tan funesta, que podría significar la desaparición de ambas civilizaciones.

Jek Rattle estrechó la mano del general y abandonó el despacho privado. Tenía pensado darse unas vueltas por todos los clubs de Jafa antes de comenzar a rastrear el planeta. Si la suerte le acompañaba, localizaría al *row* que portaba el anillo con la esmeralda flash, un tipo de esmeralda muy rara que sólo se encontraba en algunos planetoides y que poseía un poder de reverberación cien veces superior al de las esmeraldas que se encontraban en el planeta Tierra.

Jek Rattle no ignoraba que a los *row* les atraían mucho los objetos brillantes, en especial las gemas valiosas y que gustaban de llevar tales objetos en sus manos, en sus casacas, en sus correajes e, incluso, en sus sombreros y yelmos de protección.

Tal como le había dicho al general Gyaros, no estaba dispuesto a darse por vencido y comenzó entrando en el club de su amigo Danielson.

CAPITULO IV

Lamda no pudo impedir que la ataran a una silla. La habían obligado a sentarse a horcajadas encarada con el respaldo y le ataron las manos abrazando ese respaldo.

El *row* que llevaba el anillo de esmeralda flash había salido del módulo habitable y transportable, dejando dentro a la joven piloto cosmonauta y a los dos hombres terrícolas.

—¿Es que vais a entregarme a los *row*? —preguntó Lambda, mirándoles con asco.

—Ese *row* es amigo nuestro —dijo Keaton, el tipo del bigote con guías largas y caídas.

—¿Amigo vuestro? ¿Desde cuándo un *row* es amigo de un terrícola?

—La chica tiene razón; lo que pasa es que a ese *row* le interesa ser amigo nuestra. Tenemos pequeños negocios juntos.

—Sois un par de bandidos y os costará caro.

—Nadie nos va a descubrir —se rió de ella Keaton.

—Para los *row* soy más importante yo que vuestros sucios negocios; estáis perdidos.

—¿Nosotros perdidos? —se asombró Low, el compañero de Keaton.

—Sí; cuando lleguen los *row*, sois hombres muertos.

—¡Bah, no nos harán nada! —replicó Keaton.

—Ya lo creo que sí. Os silenciarán para siempre para que no podáis decirle a nadie que los *row* han raptado a diez mujeres pilotos, terrícolas.

—¿Diez?

Keaton miró a su compañero y éste admitió:

—Son muchas mujeres raptadas.

—Vosotros sois, ahora, un peligro para ellos, sois los únicos terrícolas que sabéis que hemos sido raptadas por los *row*.

—Pues nos pagarán bien para que continuemos callados —objetó

Keaton.

—¡Ilusos! Os cerrarán la boca para siempre. ¿No os dais cuenta de que si se descubre este rapto puede desencadenarse una guerra entre la Tierra y *Row*?

—¿Tú crees que eso es posible, Keaton?

—Pues yo… —Se rascó la cabeza en la que no tenía excesivo cabello.

Dio media vuelta y se acercó a la nevera en busca de una lata de cerveza que abrió haciendo saltar un chorro de espuma por el aire.

—Los *row* no quieren una guerra con nosotros los terrícolas, por ahora, en todo caso, cuando estén bien preparados y crean que nos llevan ventaja. Me dais pena. A. mí me han raptado, me quieren viva, la verdad es que no sé para qué, pero viva. Vosotros dos consideraos muertos en cuanto ese *row* haya avisado a los suyos, sois un peligro, sabéis demasiado.

—¿La oyes, Keaton? Lo que quiere es dividirnos para salir ganando ella.

—No lo conseguirá —gruñó Keaton, secándose el bigote con el dorso de la mano, ya que le había quedado sucio de espuma.

Sin darle importancia, Keaton tomó su cinturón en el que colgaba un arma. Se lo ciñó a la cintura y comentó:

—Parece que nuestro amigo se retrasa un poco; sólo ha dicho que iba a hacer una llamada desde su vehículo.

—Estará hablando con sus compañeros.

—No está muy lejos de aquí. Tiene un hangar secreto donde hay una nave espacial en la que hemos sido transportadas las pilotos terrícolas raptadas.

—Sabemos que existe ese lugar secreto —gruñó Keaton—, Voy a dar una vuelta y tú ya sabes, no la manosees aunque sea bonita. La quieren intacta y pura.

Se echó a reír.

Keaton salió, con aparente tranquilidad del módulo hábitat transportable.

Cuando estuvo en la oscuridad exterior, su actitud cambió

radicalmente. Echó a correr hasta colocarse tras una roca empuñando la pistola. El miedo había asomado a su rostro.

El *row* no tenía su vehículo junto al módulo, siempre tomaba precauciones dejándolo a cierta distancia y algo oculto.

Transcurrieron más minutos hasta que arribaron vehículos llevando a milicianos *row* que rodearon el módulo en que se hallaba encerrada Lambda.

Una patrulla, portando armas, se encaminó hacia la puerta sigilosamente mientras otros cubrían las ventanas Después, entraron.

Casi de inmediato se vio salir corriendo al terrícola compañero de Keaton. Tras él apareció un *row* armado con un fusil incinerante. El terrícola se inflamó; iluminando la noche. Alzó los brazos, se detuvo y cayó al suelo carbonizado. Keaton comprendió que Lambda había tenido razón, él lo había intuido, por ello, sin decir nada a su compañero, prefirió abandonar el módulo.

A Lambda le colocaron un cinturón de sujeción y castigo del que no podría escapar. Keaton la vio de lejos y comenzó a retroceder. Entre los *row* se cruzaron algunas voces y varios de ellos empezaron a buscar, alejándose del módulo habitable.

A Keaton ya no le cupo ninguna duda de que le estaban buscando para incinerarle, lo mismo que habían hecho con Low. La muchacha había acertado en sus vaticinios.

Mientras Keaton retrocedía entre las rocas, dos *row* dispararon sus armas contra el módulo habitable, que se inflamó rápidamente. Estalló, después, y no tardó en quedar reducido a rescoldos. No cabía duda de que los *row* querían borrar todo posible rastro.

Los *row* repararon en el robot *Ivum*. Lo hicieron bajar del vehículo y le dieron orden de buscar al fugitivo, pero había demasiada gente allí y al robot le faltaba una cinta magnética, de modo que les hizo dar vueltas sin resultado.

El oficial *row*, furioso, le exigió:

—¡Busca al terrícola, búscalo! ¿Dónde está?

—Positivo, voy buscando, positivo…—repetía el androide dando vueltas, desorientado, hasta que el *row*, irritado, le disparó.

El robot *Ivum* quedó tendido en el suelo, inerte.

—¡Hay que encontrar al terrícola! —ordenó la voz del *row*.

Keaton cada vez se alejaba más y más— Lo hacía a la desesperada, con miedo, dándose golpes en la oscuridad. Sabía muy bien que en cuanto fuera descubierto lo matarían.

—¡Infrarrojos! —ordenó el oficial *row*.

Los *row* acoplaron a sus armas los visores infrarrojos y Keaton se sintió perdido en su huida. Metió los pies en la laguna que estaba cerca y chapoteó en ella hasta encontrar un escondrijo medio oculto en el agua bajo un tronco, sacando la cara por entre unas hierbas, para poder respirar.

Keaton quedó quieto allí. En su chapoteo había perdido el arma y estaba ya a merced de sus perseguidores si le descubrían, por lo que decidió quedarse más quieto que una estatua.

Los *row* llegaron hasta la mismísima orilla de la laguna. Las botas del oficial quedaron tan cerca de Keaton que si éste hubiera levantado la mano las habría tocado; sin embargo, no le descubrieron.

—Vámonos —dijo, al fin, el oficial *row*.

En aquel momento comenzó a levantarse una de las temibles tormentas secas. El viento cada vez se hizo más veloz y más caliente, pese a ser de noche. El oficial *row* opinó en voz alta:

—Si no tiene dónde guarecerse, el huracán caliente acabará con él.

El oficial *row* sabía lo que se decía. Antes de salir de la base secreta donde tenían encerradas a las muchachas raptadas, el parte meteorológico del planeta les había prevenido de la inminencia de la asoladora tormenta caliente en aquel área.

Keaton, metido en el agua, respirando dificultosamente entre las hierbas que cubrían su rostro, estaba ignorante de lo que iba a sucederle.

CAPITULO V

Jek Rattle estuvo buscando inútilmente en Jafa al *row* del anillo con la esmeralda centelleante. No había tenido suerte. Optó por dormir en su propia nave espacial para no tener tropiezos desagradables recibiendo la visita de los *row* mientras dormía en cualquier habitación de hotel en la metrópoli de Jafa.

Al día siguiente se dirigió al club de Danielson y éste le recibió con el ceño fruncido.

—No me busques pleitos, Jek. Sé que te cargaste a tres *row* y uno de ellos fue el que te mostré en pantalla.

—Sí, fue Sopov, pero no me lo cargué yo sino sus propios compañeros.

—Da lo mismo, el muerto lo cargarán a tu cuenta. Ahora, ¿qué quieres?

—¿No se ha producido ninguna filtración?

—Ninguna, no sé nada de la chica que buscas, absolutamente nada. Puede ser que sigas una pista falsa.

—Yo opino lo contrario. Ahora necesito un vehículo con sensores de detección e infrarrojos acoplados.

—Si quieres una nave policial, pídesela a los del astródromo. El general Gyaros no te la va a negar; eres nada más y nada menos que Jek Rattle, agente especial de la milicia espacial terrícola.

—Por favor, no sigas… Ahora soy un ciudadano particular que anda buscando a su chica, que debe haberse perdido.

—Si es así…—aceptó, sarcástico, Danielson—. Mira, ve a la dirección que voy a darte y allí te rentarán un vehículo como el que deseas. Ya efectuaré una llamada, antes, para que te atiendan bien.

—Perfecto, empieza a llamar a tus amistades. Siempre es bueno conocer a un granuja; puede ayudarte.

—¿Va por mí lo de granuja?

Jek Rattle fue a la dirección que le facilitó Danielson y encontró un parque de estacionamiento lleno de vehículos. Le recibieron con una sonrisa y le dijeron:

—¿Busca un vehículo rápido con detector de infrarrojos incorporado?

Jek miró al comerciante *itio* y asintió:

—Sí, se ha perdido una amiga mía y deseo encontrarla.

—En este planeta fronterizo, cuando sales del astródromo, si te pierdes, nadie va a buscarte.

Jek Rattle salió del parque a bordo de un vehículo que le pareció aceptable. Su funcionamiento era bueno y se trataba de un último modelo, pero debía haber sufrido algún percance porque tenía deterioros en la carrocería, aunque el *itio* le advirtió que las abolladuras y oxidaciones no afectaban para nada al vehículo.

Salió de Jafa sabiendo que lo que iba a hacer era una barbaridad. Buscar por todo el planeta a las chicas o a un *row* determinado, era algo absurdo, pero Jek estaba dispuesto a llevarlo adelante, costara lo que costase.

El astródromo ya estaba controlado por el general Gyaros y él iría preguntando a los colonos que encontrara por si alguien podía darle una pista aceptable.

Con lo que no había contado Jek Rattle, después de recorrer cinco mil kilómetros, infructuosamente, sobre un planeta que semejaba desierto, fue con la tormenta seca y caliente.

Una nube de arena se había levantado y no dejaba ver nada mientras árboles y arbustos eran arrancados de cuajo y elevados por el aire. A su paso, las charcas se secaban y todo quedaba destrozado; sólo se salvaban los animales que sabían esconderse previsoramente de aquel huracán seco, sin agua, un huracán que elevaba la temperatura por encima de los cien grados Celsius y todo lo abrasaba.

Aquel tipo de tormentas había hecho desaparecer a muchos viajeros; sólo módulos bien sujetos al suelo con picas de seguridad, conseguían resistirlas gracias, también, a los sistemas de refrigeración, siempre que estos módulos no fueran golpeados por los árboles arrancados.

Jek Rattle encajó el vehículo entre unas chozas, de modo que las sacudidas del agresivo viento, de más de doscientos kilómetros por hora, no consiguieran elevarlo y lanzarlo por los aires para terminar destrozándolo contra las rocas.

Confió que el vehículo aguantara la tormenta. Conectó el sistema de refrigeración al comprobar que la temperatura subía por momentos. Perdió de vista el mundo exterior, ya que la nube de polvo

y arena lo invadía todo.

Ignoraba cuántas horas duraría aquella tormenta, quizá días. Si era así, no quedaría vida vegetal en varios cientos de kilómetros a la redonda, quizá miles.

Al terminar la tormenta, aparecerían los animales y comprobarían que no había vegetales que comer Comenzaría la mortandad de los vegetarianos y la gran comilona de los carniceros que caerían desesperadamente sobre los animales débiles y hambrientos.

Decidió ser práctico, ya que nada podía hacer para librarse de aquella maldita tormenta de arena caliente que le había sumido en una impenetrable y oscura nube a través de la cual no podían pasar los rayos de la estrella en torno a la cual giraba el planeta fronterizo.

Jek Rattle oprimió un resorte y esperó a que los muelles se pusieran en funcionamiento. El respaldo se inclinó hacia atrás y quedó en posición de descanso. No era una cama pero podía servir como tal.

Respiró hondo, muy hondo. Se quitó el casco protector y soltó la hebilla de su cinturón. Tenía hambre, pero allí no había alimentos a su alcance.

Con la técnica del control de aspiraciones y respiraciones, consiguió dormirse.

La tormenta silbaba, rozando la carrocería blindada. Esperaba que el vehículo no saliera volando por los aires, arrancado por una de las trombas que se formaban en aquellas ocasiones.

Se durmió. Sólo un cosmonauta entrenado lograba dormirse, a voluntad, en las situaciones más difíciles, para aprovechar el tiempo. Luego, al despertar, se encontraría en perfecto estado para proseguir su misión, si es que aún estaba vivo.

Quiso soñar con Lambda y si llegó a hacerlo, no lo recordaba. Se dio cuenta de que el sistema de refrigeración del vehículo no era tan bueno como le asegurara el *itio* que se lo había vendido; alguno de los tubos del mecanismo debía estar obturado, quizá a consecuencia de los golpes recibidos.

Sudaba, Abrió los ojos y a través de los cristales observó que la tormenta seguía, aunque su intensidad semejaba aminorar, ya que se filtraban algunos rayos luminosos.

Poco a poco fue pasando y, al fin, descubrió el azul grisáceo del cielo.

Miró su cronógrafo,

—Siete horas —se dijo.

Había dormido más que suficiente para reponer fuerzas pero el hambre se hacía más apremiante, parecía morderle el interior del cuerpo, reclamando alimentos.

Dio marcha atrás y sacó el vehículo de entre las rocas. Enfiló hacia el oeste, mientras lamentaba no haberse llevado bolsas ya preparadas con alimentos de las que tenía en su propia nave espacial.

Atardecía, no tardarían en aparecer las tres lunas del planeta fronterizo. Quizá consiguiera encontrar algún lugar habitado donde poder pagar un plato de lo que fuera.

Miró en derredor y, a través de los cristales, sólo vio arena y rocas. La vegetación había desaparecido como si jamás hubiera existido. Aquel lugar, tan azotado por el huracán seco y caliente, se había convertido en un desierto aunque no podía decirse que yermo. Realmente, no lo era, aunque a los ojos de los humanos lo pareciera.

Jek Rattle sabía que de debajo de la arena, al año siguiente, comenzarían a brotar las plantas ahora sepultadas.

Los árboles tardarían más, pero también saldrían. Los primeros en salir y no al año siguiente sino en el plazo de horas o minutos, serían los animales que se habían ocultado ante la llegada del temible huracán tórrido.

La arena, la tierra, incluso algunas rocas, comenzarían a moverse y aparecerían unas cabezas oteando con recelo el exterior. Luego, superado el fenómeno meteorológico, comenzaría la verdadera batalla por la supervivencia, unos animales se comerían a otros.

Jek Rattle avanzó sin puntos de indicación que lo guiaran. Podía llamar por radio, mas no lo hizo para no descubrir su presencia a los *row,* si es que merodeaban por allí. También sabía que la emisión radiada o televisada desde Jafa sólo haría una vaga referencia a la tormenta.

Si alguien desaparecía no se iban a preocupar por ello. No había operaciones de salvamento; si alguien se alejaba de Jafa sabía que sólo podía contar con su propia lucha por la supervivencia. Los vigilantes del astródromo de Jafa no abandonarían sus puestos de control bajo ningún concepto, pasase lo que pasara.

Pese a que llegara la noche, seguiría buscando, aunque sólo fuera

comida.

El sensor de infrarrojos era inútil en aquellos momentos, tendría que dejar pasar la noche. El suelo estaría sobre los sesenta grados Celsius y tenderse o sentarse en él era exponerse a una cocción lenta. Mientras, el vehículo de Jek Rattle seguía trabajando al máximo en su sistema de refrigeración.

Descubrió la laguna que había estado rodeada de vegetación y en torno a la cual ya no había nada, sólo algunos troncos de árboles tronchados y que semejaban estacas malditas. Las copas habían desaparecido como devoradas por un ser monstruoso.

Vio moverse algo junto a la laguna. Jek Rattle enfiló hacia aquel lugar cuando, de pronto, descubrió a un terrícola.

El desgraciado superviviente del huracán tórrido chapoteaba en el agua rodeado de rinosaurios dispuestos a dar cuenta de él. Era la ley de la supervivencia.

Los rinosaurios eran unos reptiles parecidos a los cocodrilos terrícolas, sin ser anfibios. Tenían también una larga boca armada con doble hilera de dientes y en la punta de la mandíbula se elevaba un cuerno de un palmo y medio de altura que resultaba más espectacular que útil.

Los rinosaurios lo utilizaban para sacudir los arbustos y hacer caer de ellos los frutos que pudiera haber, ya que aquellas bestias eran omnívoras, lo mismo que los humanos.

Los rinosaurios no eran animales muy rápidos, pero allí había media docena de ejemplares disputándose el honor de dar la más espectacular dentellada a su presa.

El terrícola estaba exhausto pese a que luchaba cómo podía, arrojándoles piedras e incluso utilizando un palo que, sorprendentemente, había quedado sobre la tierra cubierta por la arena.

Jek Rattle pulsó la bocina del vehículo para advertir al terrícola de que iba a recibir ayuda, que resistiera durante unos segundos.

Keaton, que si en aquellos momentos se hubiera mirado a un espejo no se habría reconocido, clavó sus ojos oscuros en el vehículo que se dirigía hacia él y quedó atónito e incrédulo ante lo que, en su desesperada situación, creyó que podía ser un espejismo.

Jek Rattle repitió los bocinazos, más para asustar a los rinosaurios

que por avisar a Keaton de su presencia. En aquellos instantes, los animales carniceros no parecían dispuestos a soltar lo que consideraban su festín.

Keaton pesaría diez kilos más de lo que debía ser su peso correcto, en otras palabras, estaba gordo, y los rinosaurios parecían haberse dado cuenta de ello.

Keaton, tambaleándose, quiso gritar. Su voz se transformó en un sonido rasgado y desacorde en su garganta. Corrió hacia el vehículo y como asfixiado por el calor que emergía del suelo, cayó de bruces mientras los rinosaurios, creyéndole ya vencido, se echaban sobre él.

Jek Rattle detuvo el vehículo y asomó por la portezuela disparando su arma de ultrainfrarrojos.

Los rinosaurios, alcanzados de lleno, se retorcieron sobre sí mismos mientras Keaton se separaba de ellos reptando sobre la arena que le abrasaba los brazos y el pecho, también el vientre y las piernas.

Los *row* habían pensado que de aquella tormenta tórrida no iba a poder salvarse nadie y tenían mucha razón, sólo que en el caso de Keaton se habían equivocado y ello era gracias a la presencia de Jek Rattle que llegó a tiempo de liberar a Keaton de los rinosaurios y también de un suelo que lo habría cocido materialmente.

—¡Vamos, vamos, arriba!

Lo cogió por brazos y axilas y lo introdujo en el vehículo. Luego, se metió, él también, dentro, y lo puso en marcha. Dio una ojeada a los rinosaurios muertos y observó que por la orilla de la laguna habían aparecido otros de aquellos reptiles que iban a buscar los restos de los cuerpos de los otros miembros de su especie que iban a servirles de alimento.

—¿Cómo te encuentras?

—Tengo sed.

—Yo no tengo nada que darte, aunque en la laguna hay agua.

—Está caliente —se lamentó Keaton, tragando su propia saliva.

Jek Rattle pensó que a aquel sujeto le haría falta un baño de aceite. Su cuerpo se había escocido a causa del calor y el roce de la arena que, empujada por el viento, se había desplazado a gran velocidad.

—¿Estabas tú solo, cuando empezó la tormenta?

—Sí, sí. Los *row* mataron a mi compañero y se llevaron a la chica; luego quemaron mi casa transportable.

—Dices que los *row* se llevaron a una chica… ¿Qué chica?

Keaton desvió su mirada hacia el hombre que le había salvado de estar repartido en aquellos momentos en los estómagos de los rinosaurios y le respondió:

—La chica que había escapado de la base de los *row*.

—¿Terrícola?

—Sí.

—¿Conoces su nombre?

—Lambda.

—¿Lambda, seguro?

—Es lo que ella dijo, aunque sólo llevaba una túnica corta. Ellos le pusieron uno de sus cinturones de sujeción. Yo pude escapar porque me metí en la laguna y antes de que saliera de ella, la maldita tormenta comenzó a arrasarlo todo. Tengo sed.

—¿Dónde está la base *row*?

—Pues… —vaciló.

—Vamos.

—Si nos descubren, nos van a desintegrar —se quejó Keaton.

—Si prefieres quedarte afuera, mientras yo sigo buscando…

Keaton se arrugó. Volver a bajar del vehículo donde se sentía seguro, le dio pánico. No tenía más que lo puesto y su cuerpo estaba muy castigado. Primero, el agua, horas y horas metido en ella: luego el calor y la arena y también algunas heridas causadas por los malditos rinosaurios.

—Estoy desorientado, ahora…

—Yo también y tengo sed y hambre, de modo que si encontramos algún lugar fuera de esta área, será bueno para los dos.

—Vamos a Jafa, con este vehículo llegaremos pronto.

—No, no, primero tengo que encontrar la base de los *row* de que me has hablado. Keaton volvió a mirar a Jek Rattle con interés y preguntó:

—¿Acaso conoces a Lambda?

—Sí.

—Me lo temía. —Suspiró, comprendiendo el deseo de Rattle por encontrar a la joven raptada.

—¿Estaba bien?

—Sí, si, no tenía ningún rasguño. ¿Sabes que es una chica muy peleona?

—Sí.

—¿Había con ella alguien más?

—Dijo que en la base había más chicas como ella, raptadas.

—¡Vamos, hay que darse prisa! —le exigió Rattle, consciente de que ya tenía una buena pista para encontrar a Lambda.

—Va a oscurecer…

—Lo sé. ¿En qué dirección vamos?

—Sudoeste, a unos doscientos grados, hasta que veamos un montículo rocoso.

—¿Podrás reconocerlo?

—Sí. Los *row* creían que yo no sabía dónde se escondían, pero les seguí, en alguna ocasión, sin que se dieran cuenta.

—¿Eres amigo de los row?

—Tenía negocios con ellos, pero llegó un momento en que me consideraron un estorbo y decidieron eliminarme. He escapado de milagro.

Jek Rattle maniobró en la dirección indicada y circuló rápido antes de que la noche les invadiera por completo y que a Keaton le resultara difícil reconocer el terreno.

—¡Allí, allí! —señaló Keaton.

Delante tenían un montículo rocoso. Aquel área no había sido tan

batida por la tormenta y conservaba algo de boscaje. Jek Rattle detuvo el vehículo tras unas rocas y preguntó:

—¿Dónde estaba la base *row*, exactamente?

—Dentro de la montaña.

—¿Seguro que debajo del montículo?

—Sí. Tienen un hangar gigante para naves espaciales.

—¿Naves espaciales, aquí? —se asombró Jek.

—Sí, toda esta montaña es un trucaje perfecto. El cono superior del montículo se desplaza y deja al descubierto la entrada en forma de cráter.

—De modo que era eso…

—¿El qué?

—Con razón no se había detectado nada en el astródromo de Jafa.

—Esos *row* son muy astutos —opinó Keaton.

—¿Cuántos crees que habrá dentro?

—Lo ignoro, lo mismo pueden ser diez que cien, no he estado nunca dentro. Si ellos hubieran sabido que conocía este lugar me habrían reducido a cenizas hace tiempo.

—Entonces, es hora ya de averiguarlo,

—No intentarás meterte ahí, ¿verdad?

—A lo mejor, dentro hay bebida y comida y, la verdad, tengo hambre.

Jek Rattle quitó la llave del contacto y se la guardó para no dejar el vehículo en manos de Keaton y que éste se pudiera marchar, abandonándole. No confiaba demasiado en la capacidad de agradecimiento que pudiera tener Keaton.

—¡Eh, déjame la llave por si no vuelves!

—No, porque si volviera ya no te iba a encontrar aquí.

—No vas a dejarme solo y desarmado…

—Voy a averiguar lo que pueda, no estás tan grave como para

necesitar que me quede a cuidarte. Algo fatigado y con la piel chamuscada sí estás, pero te repondrás, aunque, en adelante, serás algo más feo.

—Voy contigo —resolvió Keaton No estaba dispuesto a quedarse solo allí y era consciente de que huyendo a pie no llegaría lejos.

Jek aguardó a que le diera alcance y luego comentó en voz baja:

—Nada de llamar la atención, sólo somos dos y tenemos un arma, estamos en desventaja.

—Ya lo sé —suspiró, lamentándose—. Parece que no estoy de suerte.

—Ahora dime, ¿dónde está la puerta?

—Creo que allí.

Se enfrentaron con una de las entradas, disimulada por unas rocas. Jek Hattie, pistola en mano, caminó delante.

—Sígueme.

—Meterse dentro es un suicidio, los *row* tiran a matar.

—Y yo también, si me lo piden.

En principio no encontraron a nadie, más al abrir una puerta quedaron frente a dos *row* que se revolvieron empuñando sus armas. Jek Rattle no lo dudó y disparó contra ellos, carbonizándolos.

—Coge una de sus armas —dijo a Keaton.

Llegaron al gran hangar y Jek Rattle lo miró, decepcionado.

—Aquí debería haber una nave.

—Pues no está.

—Sí, se ha largado.

—Habrá sido durante la tormenta de arena.

—Hemos llegado tarde.

—Ya ves que ha sido inútil venir hasta aquí.

—No tan inútil. Este hangar secreto viola el pacto tripartito con el que se controla el planeta fronterizo.

—¿Vas a denunciarlo?

—Por supuesto.

—Eso puede ocasionar una guerra entre terrícolas y *row*.

—Tratará de impedirse, pero no se puede tolerar que los *row* firmen un pacto y después no lo cumplan. Lo que podemos hacer, ahora, es buscar algo para beber y comer.

—Eso me parece bien. ¿Habrá algún otro *row* escondido?

—Puede ser —admitió Jek Rattle.

Se internaron por la base secreta. Allí no había nadie más, sólo habían dejado a dos vigilantes por si se presentaba algún intruso.

Llegaron al comedor de los *row* y encontraron comida y bebida, saciando su hambre y su sed.

Jek Rattle se fijó en el rostro de Keaton, especialmente marcado por la abrasión de la arena caliente, y le preguntó:

—¿Estás bien?

—No, no estoy bien, pero mejor que antes, sí.

—Buscaremos un botiquín.

—Eso me parece bien.

—Ahora podrás decirme qué hacías tú con Lambda.

—¿Yo?

—Sí, me ha dado la impresión de que estabas conchabado con los *row*.

—No, no, ya te dicho que tenía negocios con uno de ellos. De pronto apareció esa chica, Lambda y, bueno, el *row* llamó a sus amigos. Cuando vinieron fueron a por nosotros.

—¿Y no pudiste ayudar a escapar a Lambda?

—Naturalmente que no, ese maldito *row* nos tenía vigilados.

—¿Es un *row* que llevaba un anillo con esmeraldas flash?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo ando buscando.

Jek Rattle, muy molesto ante la desaparición de la nave *row* con sus prisioneras, decidió interrogar a Keaton para sonsacarle todo lo que él pudiera saber respecto a lo ocurrido.

CAPITULO VI

Ni Lambda ni las otras nueve pilotos cosmonautas terrícolas pudieron ver a su llegada al planeta *Row*, nada que pudiera maravillarlas o asustarlas.

La nave que las había transportado se hundió en un hangar subsolar y después fueron obligadas a salir de ella, en fila. Todas llevaban puestos los cinturones de sujeción y castigo.

Fueron introducidas en un vehículo cerrado y fuertemente custodiadas, las trasladaron de lugar.

Lambda sabía que era inútil protestar o lanzar amenazas; los *row* cumplían su trabajo de milicianos.

Lambda se había convertido en cabecilla del grupo de muchachas raptadas, después de que su intento de fuga no tuviera éxito y había tratado de infundir ánimos en sus compañeras.

Había que resistir, al final darían con ellas. Era ya seguro que habían notado su desaparición y que las estarían buscando.

Al fin, el vehículo se detuvo y las obligaron a descender y a avanzar por un túnel que les condujo a una rampa ascendente hasta que quedaron frente a una regia puerta de bronce.

El *row* que lucía en su dedo la esmeralda flash se enfrentó a las muchachas para decirles:

—Vais a presentaros ante la reina de *Row*. Cualquier acción estúpida por vuestra parte recibirá el castigo adecuado. No habrá ni una sola palabra de más en vuestras bocas.

—¿La reina de Row? —preguntó Lambda, algo perpleja—. ¿Y qué quiere de nosotras?

—Veros.

—Somos sus prisioneras. ¿Estamos ya en guerra?

—No, por ahora —replicó el *row*.

—Pues lo parece, esto es un atropello.

—Portaos bien y saldréis beneficiadas.

Lambda hubiera querido replicar muchas cosas y también sus compañeras de infortunio, pero comprendió que era inútil decirle nada a aquel *row* que, obviamente, cumplía órdenes.

Aguardaron unos minutos hasta que se encendió una luz verde y se abrió la doble hoja de bronce que constituía la puerta. Las diez muchachas raptadas fueron obligadas a avanzar

La reina se hallaba sentada en un trono áureo bajo un dosel púrpura. Era una mujer madura a la que era difícil colocarle una edad, máxime siendo una *row*. Muy delgada, tenía ojos grandes y su cabello era ralo y de color ceniza.

La reina las estuvo contemplando. Al llegar las jóvenes frente a ella, el *row* que las mandaba ordenó:

—Arrodillaos ante la reina.

—Jamás, antes muerta —replicó Lambda.

Las demás muchachas pilotos hicieron lo mismo que ella, permanecieron en pie, altivas y arrogantes.

El *row* que lucía la esmeralda flash en uno de sus dedos manipuló en un pequeño telecontrolador que tenía en la mano y que no era mayor que una cajetilla de *mentobacco.*

Lambda recibió el inhumano castigo en su esbelto y elástico cuerpo. Unas punzadas penetraron a través de su piel y la hicieron contraerse de dolor. El maldito cinturón la torturaba, con él puesto no se podía escapar; aunque estuviera lejos, le podían enviar ondas de castigo que penetraban a través de la hebilla del cinturón en el cuerpo que se deseaba atormentar.

—¡Keras! —interpeló tajante la reina de los *row* —¡Basta!

Keras cortó en el acto el castigo que infringiera a Lambda, que permanecía ahora con una rodilla doblada, medio apoyándose en el suelo, incapaz de sostenerse en pie.

—Estas terrícolas merecen una lección —gruñó el *row* llamado Keras y que lucía la centelleante esmeralda—. La número uno es la más indisciplinada. Trató de escapar y golpea como una fiera en cuanto tiene oportunidad.

—Quiero sus cuerpos intactos, perfectos, sin daño alguno.

Se levantó del trono y su cuerpo delgado y frágil, enfermizo, avanzó hacia Lambda que ya se había puesto en pie.

Lambda se dijo que aquella mujer, con semejante cuerpo que apenas la obedecía, no duraría muchos años y debía ser ya imposible

que pudiera engendrar algún nuevo ser en su vientre.

La reina *row* se detuvo frente a la piloto díscola. Alargó su mano y le tocó los brazos, luego los senos. Lambda se echó hacia atrás.

—No te voy a hacer daño, terrícola. ¿Cómo te llamas?

—Uno. ¿No es el número que me habéis asignado?

—Se llama Lambda, majestad —aclaró Keras.

—Bien, Lambda, tú serás la gran elegida.

—¿Para qué?

—Si tu sangre responde adecuadamente, podrás llegar a tener el honor de reinar en *Row*.

—¿Reinar yo en *Row*?

—Tú, no, sólo tu cuerpo.

—No entiendo.

—Ya lo entenderás.

Se apartó de ella para dar un repaso a las demás muchachas mientras un científico *row*, con unas fichas en la mano, se ponía al lado de su reina y vertía cerca de sus oídos unos datos a los cuales la reina *Row* asentía con lentos movimientos de cabeza.

—Bien, me parecen todas perfectas. Algunas servirán para los ensayos y otras para los momentos culminantes. Quiero que Lambda sea elegida para mí.

—Lo tendremos en cuenta, se hará como vuestra majestad ordena —admitió el científico.

—¡Keras!

—Sí, majestad.

—Te hago responsable de la seguridad de las terrícolas. Si les sucede algo te exigiré responsabilidades.

—Es un gran honor haber sido elegido por su majestad.

—Que sean trasladadas, de inmediato, a la clínica orbital.

—Enseguida, majestad.

—Muchachas, suerte y no tengáis miedo. Las experiencias llevadas a cabo hasta ahora han sido muy satisfactorias, de lo contrario yo misma sería la primera en no someterme al trasplante.

—¿Trasplante? —repitió Lambda, aterrada.

—En marcha —ordenó Keras.

Fueron sacadas del palacio en el mismo vehículo en que entraran y conducidas al astródromo real donde fueron invitadas a subir a una nave de transporte de viajeros, una nave pequeña construida para viajes cortos.

—No tardaremos en llegar —les dijo Keras.

Los rostros de las jóvenes pilotos se habían ensombrecido. Intuían que el motivo de su rapto tenía que ser forzosamente algo horrendo, mas no podían escapar.

Los cinturones, de los que no podían desprenderse, eran más seguros que unos grilletes con gruesos candados.

La nave despegó del planeta *Row*. Soportaron bien la aceleración antigravitacional, aunque aquellas modernas naves no ascendían en vertical sino en oblicuo, tomándose más tiempo para separarse del planeta y colocarse en órbita.

Un satélite artificial, de unos dos mil metros de radio y de forma esférica, les recibió. La nave se acopló en una de sus entradas y a través de unas escotillas, las muchachas pasaron al interior del satélite que era una clínica en el espacio, una clínica orbital que se empleaba para operaciones en las que se pretendía que no actuara la gravedad sobre los cuerpos tratados quirúrgicamente.

—Os pondréis botas magnéticas, en este satélite no hay gravedad artificial.

Tuvieron que calzarse las casi prehistóricas botas magnéticas para combatir la falta de gravedad. El suelo de los pasillos y salas estaba cubierto por una gran plancha de acero para que las botas pudieran adherirse sin dificultad y nadie quedara flotando, buscando con las manos adonde poder agarrarse.

—Que cada una entre en la habitación que corresponda a su número —ordenó un oficial.

Lambda miró el habitáculo que se abría ante ella y preguntó:

—¿Qué es esto, una habitación o una celda?

—Adentro —ordenó el oficial.

—No. Queremos estar juntas —replicó Lambda. Si eran encerradas individualmente en celdas, sin poderse comunicar entre ellas, posiblemente no volverían a verse jamás, si lo que estaba intuyendo era cierto.

—No me obligues a emplear el cinturón de castigo —gruñó Keras,

—Inténtalo, ya sabes lo que te ha dicho tu reina. Quiere mi cuerpo sin daño, aunque no sé para qué.

—Está bien. Eres tan arrogante que mereces saber para qué se quiere tu cuerpo en perfecto estado. Las demás, a sus celdas.

Las muchachas trataron de rebelarse pero fueron empujadas cada una a una celda distinta y luego encerradas, todas menos Lambda que seguía con sus ojos desafiantes enfrentándose a Keras.

—Ven conmigo y verás para qué te queremos perfecta.

Seguida por dos milicianos *row* y llevando al lado a Keras, pasó por varios corredores hasta llegar a una sala donde había varias camas y seres *row* sujetos a ellas con correas, para que no flotaran a causa de la falta de gravedad.

Estaban en periodo de observación y tenían los cuellos vendados. Keras cogió a Lambda por un brazo y la introdujo entre dos de las camas.

—Míralos.

—¿Qué les han hecho?

Keras se enfrentó a uno de ellos y le preguntó:

—¿Quién eres tú?

—El dos, señor.

Keras se volvió hacia el otro e interpeló:

—¿Qué enfermo eres tú?

—El tres, señor.

—¿Lo has oído bien, Lambda? El dos y el tres, pero mira los números de sus camas.

—El tres y el dos están equivocados.

—No, no están equivocados, sólo que sus cabezas han cambiado de sitio.

—¿Sus cabezas? No comprendo.

—O no quieres comprender.

Keras estiró de las sábanas que cubrían los cuerpos de los dos *row* encamados dejándolos al descubierto.

—Míralos bien. La cabeza de uno corresponde al cuerpo del otro y viceversa.

—¡Qué horrible!

—¿Horrible? Es un avance de la ciencia que hemos conseguido perfeccionar.

—Un avance horripilante.

—Vosotros, los terrícolas, hace siglos que comenzasteis estos trabajos, con simios, en vuestro planeta. El pionero fue un tal White de Cleveland, en los Estados Unidos.

—Esos experimentos sobre trasplantes de cabeza se abandonaron por lo monstruosos.

—¿Monstruosos? Es la oportunidad de salvar una cabeza importante que puede estar lastrada y en peligro de muerte, por culpa de un cuerpo débil o enfermo.

—No puede ser, no puede ser —gimió Lambda volviendo la cara para no ver a los dos encamados que tenían sus respectivos cuellos vendados, ocultando las cicatrices de la operación.

—¡Viva la reina de *Row*! —exclamaron, casi al unísono.

—Ya lo ves, son voluntarios y están satisfechos de servir a su reina.

—¡Están locos!

—Son buenos siervos y, gracias a ellos, nuestra cirugía de trasplante de cabeza ha venido perfeccionándose.

—Este es un experimento abominable.

—Debido a las mutaciones por causa de las radiaciones

provocadas por las continuas guerras nucleares que hemos tenido en nuestro planeta hasta consolidar nuestro recinto, las mujeres *row* son débiles de cuerpo y su grado de maternidad es muy bajo.

—Sé que sois cada vez menos.

—Así es. Correríamos el riesgo de desaparecer si no hiciéramos algo importante, algo grande. ¿Qué mejor para una mujer *row* que el cuerpo de una perfecta terrícola?

—No es posible que sea vuestra intención…

—Lo es. Tus compañeras servirán para las pruebas. Otras mujeres *row* mejorarán con vuestros cuerpos. El mejor de todos, el tuyo, será para la reina. Un gran honor para ti, claro que tu cabeza no podrá ya verlo. Quizá, como un gran homenaje, abramos una escotilla y la lancemos fuera para que jamás pueda descomponerse, flotando en el espacio sideral.

—¡No, no haréis eso conmigo, no me cortaréis la cabeza para trasplantar mi cuerpo a la cabeza de vuestra reina, no lo haréis!

Lambda saltó de lado tratando de escapar. Keras manipuló el telecontrol de los cinturones de castigo y la muchacha sintió la mordida de las ondas en su cuerpo.

No se dejó abatir por el dolor y consiguió llegar a la puerta pese a lo difícil que era moverse con las botas magnéticas.

—¡Atrapadla, idiotas! —exigió Keras que no quería torturar en exceso a Lambda con el cinturón, ya que la reina había elegido su cuerpo para sí, un cuerpo joven, sano y elástico.

Lambda se vio rodeada de milicianos que consiguieron atraparla por brazos y piernas. Luchó con fiereza, mordiendo incluso, más no pudo llegar lejos, y así, en volandas, se la llevaron a su celda mientras gritaba:

—¡Nooo, nooo, nooooo!

CAPITULO VII

EL general Gyaros entró en el club de Danielson seguido de dos de sus milicianos terrícolas. Ni en el club de Danielson ni en ningún otro lugar de Jafa fuera del astródromo, podía sentirse seguro. Gyaros ya tenía unos cuantos años sobre sus espaldas y era un ejecutivo de la milicia, no un hombre de combate. Si era atacado físicamente, no habría tenido muchas posibilidades de salir indemne, por ello se hacía escoltar siempre que salía del recinto del astródromo. Su jerarquía le daba derecho a ello y lo cierto es que no se fiaba de los milicianos *row* ni de los milicianos *itio* que eran tan perezosos como astutos. Además, su voluminosidad física les hacía torpones y poco aptos para la lucha cuerpo a cuerpo, si ésta se presentaba.

Se acercó al mostrador y preguntó:

—¿Está Jek Rattle? Quiero tomar una copa con él.

El mozo de la barra, un terrícola, le miró un instante.

Le conocía bien, la figura del general Gyaros aparecía a menudo por las pantallas de T.T.V. del planeta fronterizo.

—Un momento, general.

Pulsó en un teclado las claves correspondientes y, al poco, se encendió una luz verde.

—Puede pasar, general, le esperan.

El general no iba mucho por el club de Danielson pero conocía el camino.

Lanzó una ojeada a las danzarinas que se hallaban en la pista, eran terrícolas y muy hermosas. Otra cosa habría sido si fueran *row*, pues las mujeres *row* eran raquíticas, de cuerpos feos y poco fecundos.

Los propios *row* preferían, en todos los aspectos, a las mujeres terrícolas, aunque estaba prohibido el cruce entre terrícolas y *row* pese a que este cruce, por sanguineidad y otros factores, podía resultar factible y normal. La Confederación Terrícola tenía prohibido este cruce para evitar la degradación de la propia especie terrícola; no obstante, los *row* no eran seres muy sexuados, había las excepciones, pero, en general, no sentían pasión por la unión sexual hombre-mujer.

El general Gyaros pasó el control de los dos vigilantes negros que eran como gigantes y terminó en el despacho de Danielson donde además del propietario del club le esperaba Jek Rattle y un desconocido,

—General…

—¡Hola, Rattle!

—General, este hombre es Keaton.

—Está bien. —Mirando a Jek Rattle a la cara preguntó—: ¿Por qué me ha hecho venir hasta aquí, no podía visitarme en mi despacho?

—General, su despacho puede estar controlado.

—No me diga que tengo microespías electrónicos en mi propio despacho…

—Es posible. Lo que tengo que decirle es secreto; debemos evitar a toda costa una guerra en la Galaxia.

—¿Y aquí, en este preciso lugar, va a contarme un secreto oficial? —interrogó, escéptico y molesto, el general, que había dejado a sus milicianos de protección afuera en la puerta.

—Danielson es un hombre de confianza, le conozco bien,

—Gracias por confiar en mí, Jek—dijo el propio Danielson sacando una caja de cigarrillos de *mentobacco*, muy selectos. Cogió uno y dejó la caja abierta por si los demás querían fumar.

—Estoy seguro de que este despacho es menos accesible a los *row* que el despacho de usted, general.

—¿Está tratando de ponerme en ridículo delante de estos extraños, Jek?

—No, general, intento que usted se dé cuenta de que los *row* no juegan limpio, mientras que usted sí lo hace.

—¿Tiene alguna acusación concreta contra los *row*?

—General, le pregunté si había llegado a este planeta fronterizo alguna nave *row* con mujeres terrícolas raptadas dentro.

—Sí, me lo preguntó y, naturalmente, no llegó ninguna nave. Las hubiera liberado de inmediato, empleando las armas.

—Pues esa nave ha llegado a este planeta fronterizo, general.

—Imposible.

Keaton, que habla tomado un cigarrillo de *mentobacco*, tras dar

una chupada muy larga puntualizó:

—Ha venido y se ha marchado. Ahora, las chicas raptadas seguramente están, ya, en el planeta *row*.

—No puede ser, lo hubiera descubierto —sentenció el general Gyaros, con mucha seguridad.

—General, los *row* han montado una base secreta en este planeta sin que usted se enterase. Cuando quieren pasar una nave espacial por aquí para aprovisionarse y continuar viaje, pueden hacerlo sin que tenga conocimiento el gobierno terrícola.

—No puedo creer que tengan una base secreta.

—Nosotros acabamos de llegar de ella —objetó Keaton.

—El vio a una de las chicas —indicó Rattle, señalando a Keaton.

—¿No puede haber una confusión?

—No, general, la chica se llamaba Lambda y los *row* se la llevaron. Mataron a mi compañero, destruyeron mi hábitat transportable y si no llega a ser por la tormenta caliente, me hubieran matado a mí también. Ellos creyeron que no escaparía vivo de la tormenta y así habría sido, de no aparecer Jek Rattle que me salvó de caer entre las fauces de los rinosaurios cuando ya estaba agotado.

—Eso no podía ni imaginarlo —se lamentó Gyaros. Se sentó en una butaca, se había quedado pálido—. Haré una denuncia contra el gobierno *row* y destruiré su base secreta.

—No, general, no lo haga, provocaría un enfrentamiento—le advirtió Jek Rattle, muy seguro de sí.

—Si no quiere que destruya esa maldita base, ¿para qué me ha llamado?

—Para pedirle unos salvoconductos. Keaton y yo nos vamos al planeta *Row*, como turistas.

—¡Eh, eh, yo no he dicho que iría a *Row*! —protestó Keaton.

—Tú vendrás conmigo o te pongo en órbita para toda la eternidad.

La amenaza de Jek Rattle debió parecerle convincente a Keaton porque con una mueca demostró resignación.

—General Gyaros, hemos de actuar fuera de la oficialidad; de este modo evitaremos un enfrentamiento armado y frontal. Millares de naves espaciales armadas, disparando unas contra otras para llenar el cosmos de sangre y muerte en medio de bolas de fuego.

—¿Cómo va a conseguirlo; solo, o con ese aventurero, Keaton ha dicho que se llama, no?

—Sí, mi nombre es Keaton. Posiblemente lo encontrará inscrito en algún archivo de posibles aventureros a deportar —se rió Keaton, mordaz, detrás de su cigarro.

—¿Qué es lo que pretende, Jek Rattle?

—La base secreta de los *row* la eliminaré de este planeta cuando lo juzgue oportuno, ahora ya conozco su ubicación. Usted no haga la más mínima referencia a ella. Los *row* deberán de saber que su nave ha sido descubierta y se mantendrán a la defensiva. No haga nada.

—¿Me ha pedido que venga, sólo para que les extienda un par de salvoconductos para que puedan ir a *Row* como turistas?

—No, general, le he llamado para informarle de cómo están las cosas, para mantenerle enterado y también, por supuesto, para obtener los dos salvoconductos. De esta forma, en *Row* no nos atacarán como si fuéramos intrusos.

—No obstante, si recelan de usted, le van a vigilar estrechamente y le crearán problemas.

—Lo imagino, pero no se atreverán a destruirme si llevo los papelotes en regla e, incluso más, un saludo personal de su parte a la reina de *Row* a la que intentaré ver personalmente.

—Sólo falta que le lleves un ramo de margaritas —se burló Keaton—, Después de todo, no vamos a salir vivos del planeta *Row*.

—Yo puedo contribuir con un regalo —se ofreció Danielson.

—¿Usted? —inquirió el general Gyaros que, obviamente, no sentía mucha simpatía por el propietario del club más famoso de Jafa.

—Es sabido —prosiguió Danielson, sin tomar en cuenta al general —, lo golosas que son las mujeres *row*. Son grandes consumidoras de azúcar y, pese a ello, no engordan. En fin, que son un asco como hembras; pero, a lo que iba, les gustan los dulces y yo tengo algo excepcional que Jek Rattle puede llevar a la reina de *Row*.

—¿Azúcar? —preguntó el general.

—Azúcar simple, no. Ellas lo producen, pero no tienen miel. Yo puedo entregarles una jarra de miel de azahar, exquisita y sin adulterar, miel de las abejas de los naranjales, miel terrícola, concretamente de España, una miel sin aditivos químicos y pura de abejas, con el perfume del azahar. Eso la va a volver más loca que un alucinógeno.

El general Gyaros miró al joven cosmonauta investigador y le preguntó:

—¿Qué le parece, Rattle?

—Que es una oferta muy estimable. Existe una prohibición total de trasplantar insectos de un planeta a otro desde que ocurrió el desastre de la mutación cromosónica de las moscas que se agigantaron y contra las que se tuvo que luchar denodadamente. En *Row* no tienen abejas y aquí tampoco. Una jarra de esa miel es un presente muy estimable; no es nada fácil conseguirla y mucho menos pura y de los naranjales. Creo que servirá mejor que un ramo de margaritas.

—De acuerdo, Jek Rattle, tendrá los salvoconductos para ir al planeta *Row* y mis saludos para la reina, pero si no regresa en un plazo de tiempo adecuado, comunicaré lo sucedido al gobierno de la Confederación Terrícola para que decida las medidas a tomar y no me extrañaría que fuera una guerra total contra *Row*.

—Espero poder evitarla, general, pero no volveré de *Row* hasta que haya conseguido liberar a las mujeres raptadas.

Keaton aplastó la colilla de *mentobacco*. Resignado, comentó:

—Me salvaste de morir devorado por rinosaurios y ahora me condenas a morir en el planeta *Row*.

CAPITULO VIII

La pequeña nave *Horus-P* despegó del astródromo del planeta fronterizo. Poco a poco, la turbulenta metrópoli de Jafa fue desapareciendo de su vista y en la pantalla de telecontrol se fue haciendo más y más pequeña. Jek Rattle no se preocupó de aumentar el potencial de la telecámara para ver mejor la metrópoli que dejaba atrás; le interesaba su objetivo, el planeta *Row*.

Llevaban consigo las placas magnéticas de los salvoconductos selladas por el propio representante del gobierno *row* en el planeta fronterizo; éste no había puesto objeciones a la petición del general Gyaros.

Los *row* podían llegar a intuir a qué iban Jek Rattle y Keaton a su planeta, mas no hicieron mención alguna de sus sospechas y acogieron el trámite como lo más natural del mundo, ya que el general Gyaros tampoco dijo nada respecto a que la base secreta *Row* hubiera sido descubierta.

Llevaban consigo la jarra, de un galón de capacidad, llena de miel de azahar. Sería un presente que agradaría a la reina *row*, aunque Jek Rattle sabía que si ella había ordenado el rapto de las mujeres cosmonautas terrícolas (lo que hacía falta confirmar por si el rapto se debía a aventureros *row* y su gobierno nada tenía que ver en el asunto) una jarra de miel no bastaría para que dejara de recelar de los recién llegados.

La nave se lanzó al espacio sideral abierto a cinco *mach-luz*, velocidad en la que no había posibilidad de enfrentamiento bélico, ya que a aquellas velocidades las armas quedaban inutilizadas.

Los super-radar tenían que controlar toda clase de meteoros errantes, ya que de producirse un choque con uno de ellos, a tan altísima velocidad, se provocaría una desintegración total de la nave sin que sus tripulantes pudieran llegar a darse cuenta de lo que había ocurrido. Era pasar de la vida a la nada en menos de una millonésima de segundo.

—No vamos a salir vivos de este viaje —gruñó Keaton que, después de salvar su vida, no tenía ningún de seo de volver a arriesgarla. Era como si hubiera cogido más aprecio a su piel.

—Yo también tengo deseos de seguir viviendo —respondió Jek.

—No lo parece. Ir a *Row* es meterse en la boca del lobo. ¿Quién nos puede ayudar allá si nos meten en un calabozo o nos desintegran para que de nuestros cuerpos no puedan encontrarse ni las partículas?

—No se atreverán.

—Yo no estoy tan seguro y no me hace ninguna gracia morir.

—Te aliaste con los *row* y ellos quisieron eliminarte.

—Me alié con ellos para pequeñas cosas; yo no sabía lo de las chicas.

—Mientes. Tú no hiciste nada para salvar a las terrícolas, puedes verte envuelto en posibles procesamientos por Colaborar en el rapto de las cosmonautas.

—Yo no las rapté y te denuncié a ti el hecho.

—Pero tarde.

—No te había visto antes.

—Ya hablaremos de eso y si colaboras bien, nadie te acusará de nada.

Con un gruñido, Keaton se fue a su litera. Encendió la pantalla que tenía delante y se puso a contemplar un filme erótico-musical.

No tuvieron ningún problema en el largo viaje hacia *Row*. Jek Rattle que pilotaba su nave, pequeña pero suficiente, puso en marcha los motores de deceleración cuando se hallaba a la distancia de cien millones de kilómetros del planeta *Row*.

—¿Qué ocurre? —preguntó Keaton.

—Nos acercamos a *Row*. Cuando hayamos recorrido cincuenta millones de kilómetros más, saldrán los milicianos de *Row* a detectarnos.

—¿Y si disparan?

—No tienen por qué hacerlo.

—Sí, sí, no tienen por qué hacerlo, pero ¿y si lo hacen?

—Tenemos armas de contraataque.

—¿Esta nave está preparada para el combate?

—Sí, tengo armamento apropiado.

—¿Y si disparan ellos primero?

—Poseo un detector de misiles.

—¿Y el láser?

—Esta nave tiene defensa contra él, por reverberación. No te preocupes, aparentemente es una nave deportiva, pero es una nave de combate camuflada. De todos modos, si nos alcanza un disparo, no nos enteramos, esto no será como morir entre las fauces de los riño saurios.

—Nave terrícola, identifíquese.

La orden fue clara, tajante. La antena la había captado y pasando a través de la electrónica, sonó por el altavoz del salpicadero de mando que Jek Rattle tenía ante sí. —Ya están aquí —gruñó Keaton, nervioso.

—Atención, atención, nave *row*, aquí nave terrícola *Horus-P* tripulada por Jek Rattle. —Placa de identificación —ordenó la nave *row* que se mantenía a distancia.

Jek Rattle introdujo su placa salvoconducto en la ranura de televisión identificativa y la placa apareció en la pantalla de control de la nave *row*. Los datos fueron computados rápidamente.

—Adelante, terrícola Jek Rattle.

—Prosigo la ruta, gracias y cierro —respondió Jek a la nave miliciana *row* a la que sólo podía ver a través de su pantalla de T.T.V., pues la vista tenía que confundirla como un punto más en el firmamento.

—Ya podemos pasar —repitió Keaton con sarcasmo—. Ni que estuvieran temiendo una invasión por parte de otra civilización.

—Los *row*, como buenos belicosos, también son muy desconfiados.

—Desconfían de nosotros los terrícolas cuando si ellos se consideraran suficientemente poderosos ya nos habrían invadido el planeta Tierra.

—Es posible.

—Ya lo creo que es posible. Si se hacen fuertes, algún día lo intentarán, espero no verlo. Ahora son medianamente comedidos por temor al enfrentamiento.

La nave terrícola devoró los pocos millones de kilómetros que les

separaban del planeta *Row*.

El radar captó las cinco lunas de *Row*, lunas c e distintos tamaños que encendían la noche con maravillosos círculos plateados, pues ninguna de ellas poseía atmósfera.

—¿Qué es eso que sale en pantalla?

—Satélites artificiales, seguramente. —Enfocó los sensores de infrarrojos y ultravioleta—. Sí, es un satélite artificial grande, posiblemente un laboratorio espacial.

—O un emisor de T.T.V.

—¡Atención, atención, habla Jek Rattle tripulando la nave terrícola *Horus-P*! ¡Solicito permiso para tomar suelo en el astródromo real!

Lanzó su llamada al éter, varias veces, hasta eme obtuvo respuesta.

—Control del astródromo real a Jek Rattle de *Horus-P*… Siga las indicaciones, permiso concedido.

Siguiendo las órdenes emanadas del control del astródromo, Jek Rattle penetró en la atmósfera.

Volando ya a la ridícula velocidad de *mach-2-sonido*, se centró en el astródromo real y en el punto que le indicaron, descendió suavemente.

—Ya hemos llegado.

A través de los cristales, Keaton vio a una patrulla de control que se les acercaba.

—Ya veremos cómo salimos —gruñó.

Jek Rattle fue hacia la puerta. Pulsó el botón y ésta se abrió automáticamente al tiempo que aparecía una escalerilla plegable desde el interior del fuselaje de la nave. Cuando la escalerilla articulada tocó el suelo, descendió, haciendo frente a los *row*.

—¿Todo bien? —les preguntó Rattle.

—Todo bien. Vamos a revisar su nave, terrícola.

—Ni lo sueñe.

Los milicianos se lo quedaron mirando ceñudos. Iban armados y Jek Rattle no.

—Es nuestra misión revisar todas las naves que llegan a *Row*.

—Mi nave es terrícola y no pertenece a *Row*, de modo que si quieren dar vueltas alrededor, lo hacen, pero dentro no van a meter las narices. No quería hablarles así, pero…

—Haremos un registro, le guste o no. Está usted en *Row*, terrícola.

—Si no me dejan salir de aquí, me encerraré en la nave, en ella no entrarán sus milicianos.

—Estamos obligados a la inspección, no puede negarse o quedará arrestado —advirtió el oficial *row*.

En la puerta apareció Keaton con un fusil ultrasónico apuntándoles.

—Si alguien mueve un dedo, lo hago pedacitos para piensos compuestos.

—¿Es esto un ataque? —rugió el oficial *row*, amenazador.

—Lo que está ocurriendo lo está filmando la telecámara automática. Ustedes me están encañonando a mí con sus armas, es lógico que mi compañero salga a defenderme. Si hay quejas, pasaremos la cinta grabada.

Dando media vuelta, Jek Rattle se metió en su nave y cerró la puerta. La escalerilla articulada se escondió en el fuselaje y los *row* se quedaron afuera, desconcertados.

—¿Qué haremos, ahora? —preguntó Keaton que, no muy convencido de cómo había terminado la situación, seguía empuñando el fusil ultrasónico.

—No te apures, contaba con esto, por eso he dejado la telecámara filmando automáticamente. Ahora llamaré al general en jefe de las fuerzas milicianas y le pediré explicaciones de lo sucedido.

—¿Crees que te van a hacer caso?

—Si no tuvieran nada que esconder, no me harían caso, pero como está el asunto del rapto de las chicas cosmonautas, serán amables, ya lo verás.

—No sé, no sé.

Jek Rattle se dedicó a hacer la llamada al comandante en jefe de las fuerzas milicianas de *Row*. En pantalla aparecieron varios secretarios y adjuntos que Jek rechazó tajante.

—Quiero hablar con el mismísimo comandante en jefe de las fuerzas milicianas.

—Un momento, ahora se pondrá el comandante en jefe de las fuerzas reales —dijo un oficial.

En pantalla apareció la figura ascética del general *row*.

—¿Qué ocurre, terrícolas, por qué tanta insistencia en conectar conmigo? Tengo muchos problemas para perder mi precioso tiempo en simples turistas terrícolas que visitan nuestro bello planeta.

—Un hermoso planeta, general, pero sus milicianos, nada más apearnos de la nave, nos han atacado.

—No es posible. Siempre tratamos bien a los turistas terrícolas que nos visitan.

—¿Quiere que le pase la grabación de lo ocurrido?

—Si es breve…

—Lo es.

Jek Rattle pasó los momentos en que él se había visto encañonado por las armas *row*.

—Lamento este recibimiento, terrícola, se tratará de un desagradable malentendido. Cursaré órdenes concretas para que no sean molestados.

—Gracias, general, estaba seguro de su comprensión, máxime cuando traigo saludos personales del general Gyaros para la reina de *Row*. También le traigo un presente, por lo que a través de usted solicito audiencia real que no dudo nos será concedida a mi compañero y a mí.

—¿Un presente, dice?

—Si, una jarra de miel de azahar natural, del planeta Tierra.

—Un presente estimable. Esos insectos que ustedes llaman abejas son extraordinarios. Comunicaré a palacio vuestra petición de audiencia. Bienvenidos a *Row*.

Se cortó la comunicación. Jek Rattle apagó las pantallas y canales de sonido y se encaró con Keaton.

—¿Lo ves? Ahora no nos molestarán.

—Entonces, has salido a provocar a la patrulla expresamente.

—Sí, ahora ya no seremos tratados como dos turistas vulgares.

—Entonces, nos seguirán por todas partes.

—Es posible. Hemos de ingeniárnoslas para investigar sin despertar demasiadas sospechas. Los *row* ya deben saber quién soy yo y qué venimos buscando, pero se hacen los desentendidos creyendo que así seremos nosotros los que dejaremos de sospechar y terminaremos marchándonos.

—Si nos dejan marchar vivos es lo que más me interesa.

—Sólo nos eliminarán en una situación límite, cuando ya nada puedan hacer por ocultar su rapto.

—Pero, es de suponer que las habrán raptado por algún motivo.

—Quizá el motivo sea lo más importante a descubrir. Si conocemos el motivo, quizá averigüemos dónde las ocultan. Ahora, prepárate, que vamos a salir y tendremos que ir desarmados.

—¿Desarmados entre los *row*? —se asustó Keaton—. No, no, yo pienso llevar un fusil o cuando menos, una pistola.

—Imposible, no podemos llevar armas. Somos extranjeros aquí y lo tenemos prohibido, sería un buen motivo para encarcelarnos.

—Si nos quieren encarcelar podrán hacerlo cuando les apetezca, siempre podrán alegar que llevamos encima armas, insectos o drogas, cualquier cosa, y tendrán los testigos que gusten.

—No, no lo harán, salvo que les demos motivos. Llevaremos encima sólo un intercomunicador por si nos separamos en algún momento.

Al salir de nuevo de la *Horus-P*, en el exterior ya no estaban los milicianos que intentaran el registro.

Llegó un vehículo con un solo *row* que les invitó a subir. Jek Rattle y Keaton accedieron después de dejar su nave cerrada.

Jek Rattle no deseaba que ningún *row* investigara la *Horus-P*,

aparentemente deportiva, pero que, en realidad, era una nave armada, capaz de enfrentarse a una gran nave de combate espacial.

Salieron del astródromo real a bordo del vehículo conducido por el *row*. Sabían muy bien que, a partir de aquel momento, serían estrechamente vigilados y que si los *row* consideraban que habían descubierto algo, tratarían de eliminarlos en forma supuestamente accidental para que la Confederación Terrícola no pudiera acusarles de haber asesinado a dos terrícolas.

CAPITULO IX

EL encierro en las celdas incomunicadas estaba rompiendo los nervios de las muchachas cosmonautas. Lambda, que ya sabía cuál iba a ser su destino, no podía evadirse a una gran sensación de horror.

La espeluznaba pensar que podía llegar a cumplirse el destino que los *row* le habían asignado: ser llevada a un quirófano para ser decapitada asépticamente con bisturíes muy precisos para que el cuerpo no sufriera lo más mínimo. Después, aquel cuerpo que ella había cuidado tanto con una alimentación equilibrada, vida sana, ejercicio constante, un cuerpo sano y perfecto, le sería arrebatado en un quirófano para colocarlo a disposición de una mujer *row* y Lambda no consideraba ningún honor que su cuerpo fuera a parar a la cabeza de la reina para que disfrutase de él, incluso para que llegara a tener hijos, mientras lanzaban su cabeza cortada, convirtiéndola en un meteorito más, errante por el espacio sideral, donde ya nadie la encontraría jamás.

La muerte por desintegración era algo a lo que todos estaban expuestos; era un peligro que se corría siempre que se subía a bordo de una nave interestelar, un tributo que se pagaba a las grandes velocidades, pero aquello de seccionarle la cabeza en vida para entregar su cuerpo joven y sano a la reina de *Row* era monstruoso. Más, ¿qué podía hacer para escapar? Se veía totalmente impotente y desamparada.

Llegó a pensar en su propio suicidio pero rechazó la idea. Se miró a sí misma, sólo llevaba aquella especie de túnica o camisola corta que la cubría escasamente. En un momento podían quitársela y dejarla desnuda sobre una camilla.

En torno a su cintura continuaba el maldito cinturón de sujeción y castigo. Había tratado de quitárselo sin conseguirlo.

Estuvo pensando mucho tiempo hasta que se fijó en el lavamanos y observó que había un pedacito de losa medio rota. Luchó con ella hasta desprenderla, pegándose contra la pared para no ser vista por alguna telecámara vigilante.

Se introdujo el pedazo de loseta por detrás de la ropa, entre la hebilla del cinturón y la piel. De este modo evitaba que las ondas de castigo penetraran en su cuerpo para someterla y doblegarla, aunque ya suponía que si la habían escogido para que su cuerpo perteneciera a la reina *row*, procurarían no dañarla lo más mínimo.

Se abrió la puerta y aparecieron dos enfermeros que le ordenaron:

—Vamos.

—¿Adónde?

—Vamos —repitieron sin dar explicaciones.

Haciéndose la resignada, suspiró y abandonó la celda.

Avanzó por el corredor, seguida de los *row*. Todos calzaban las botas magnéticas que se adherían al suelo de acero.

Parecía sumisa, aunque en el interior de su cuerpo bullía una desesperada rebeldía que, si llegaba el momento, la llevaría a una lucha a muerte. No se suicidaría, pero si era preciso, moriría matando. No aceptaría resignadamente que su cuerpo le fuera arrebatado y entregado a la reina de *Row*.

Por el corredor avanzó un *row* empujando una camilla en la que yacía un cuerpo cubierto por una sábana, un cuerpo largo, delgado, un cuerpo al que faltaba algo, algo que la dejó helada: allí faltaba la cabeza.

—¿Qué es esto? —hizo la pregunta, temblándole la voz de indignación.

—Sigue adelante —le conminaron.

Lambda no pudo evitar coger una punta de la sábana. Tiró de ella, descubriendo el cuerpo sin cabeza de una mujer *row*.

—¡Qué horror!

—¡Basta, sigue adelante! —le ordenaron, empujándola.

La macabra camilla que circulaba en dirección contraria siguió su camino mientras el camillero volvía a cubrir aquel cuerpo sujeto con correas para que no flotara en el ambiente desgravitado, lo mismo que la sábana sujeta con pinzas.

—¿Es que ha llegado el momento? —preguntó, volviéndose hacia los dos *row* que la conducían.

—Sigue.

No parecían en absoluto dispuestos a responder a nada que ella les preguntara.

Pasó junto a una habitación, ya cerca de los quirófanos, y descubrió a una paciente metida en la cama. Era una *row*, con el

cuello vendado, pero tenía el cuerpo desnudo, ya que la estancia se hallaba totalmente climatizada. Y el cuerpo no era de una *row* sino de una mujer terrícola, era algo que saltaba a la vista.

Antes de que los dos *row* que la conducían pudieran evitarlo, Lambda saltó al interior de la habitación, demostrando de lo que era capaz su cuerpo ágil y elástico.

—¡Quieta!

—¡¡¡¡eeaaaa!!!

Lambda lanzó su grito de ataque, un grito salido de lo más hondo de su cuerpo y asestó un golpe de karate con el canto de la mano.

El demoledor *shuto-uchi* dio en el cuello de aquel ser formado por una cabeza *row* y un cuerpo terrícola, un monstruo alucinante, y el golpe fue tan contundente que cercenó la cabeza recién operada.

—¡Sujetadla! —rugió uno de los vigilantes.

La cabeza *row* comenzó a flotar. Había abierto los ojos y sangraba, una sangre que también quedó flotando en el aire. Lambda cogió la cabeza entre sus manos y la arrojó con fuerza contra el rostro de otro *row.*

Activaron el cinturón de castigo, mas no lastimaron a Lambda que se había protegido contra él.

La joven saltó sobre la cama y al despegarse sus botas magnéticas del suelo, comenzó a flotar. Uno de los *row* trató de cogerla, más ella le golpeó en el rostro haciéndole tambalear y separarse incluso del suelo, flotando también. Sin haberlo previsto, Lambda había caído en una trampa: flotando en el aire no podía huir.

Mientras el cuerpo se desangraba y moría y la cabeza desprendida flotaba en la estancia, aparecieron varios *row* que trataron de sujetar a Lambda.

La joven se debatió ferozmente, no parecía dispuesta a dejarse atrapar, mas ellos eran muchos y comenzaron a sujetarla y a cogerla con sus manos mientras la muchacha trataba de seguir golpeándoles.

Sonó la alarma y llegó al lugar el mismísimo Keras con la esmeralda flash centelleando en su dedo.

—¿Qué ocurre?

—¡Ha matado a la trasplantada! —le respondieron.

—¡Idiotas, sujetadla bien!

Keras se puso rojo de rabia al ver el cuerpo decapitado en la cama y la cabeza flotando en el cuarto. Lambda había destruido aquella primera prueba, para conocer si el trasplante del cuerpo terrícola y la cabeza *row* eran posibles.

Lambda, inmovilizada entre cuatro *row*, trató, incluso, de morderles.

—Eres una fiera salvaje, terrícola, pero no escaparás a tu destino. Lo único que has conseguido es que, en adelante, te tengamos más sujeta. ¡Atadla con correas, que su cuerpo no sufra daño! —ordenó Keras.

Fue entonces cuando Lambda descubrió un frasco tapado con cierres de muelles. El recipiente de cristal contenía una cabeza terrícola que había quedado con los ojos cerrados.

—¡Fialka!

—Sí, era Fialka —asintió Keras.

—¡¡Asesinos!!

—Vamos, llevadla a la clínica.

Pese a su desesperada resistencia, Lambda fue sacada en volandas de la habitación donde acababa de destruir la monstruosa obra de los *row*. Fue llevada a una de las clínicas y colocada sobre una camilla en la que se debatió furiosamente.

Las correas comenzaron a inmovilizar su cuerpo, piernas, brazos, tórax, incluso la frente para que no se golpeara a sí misma.

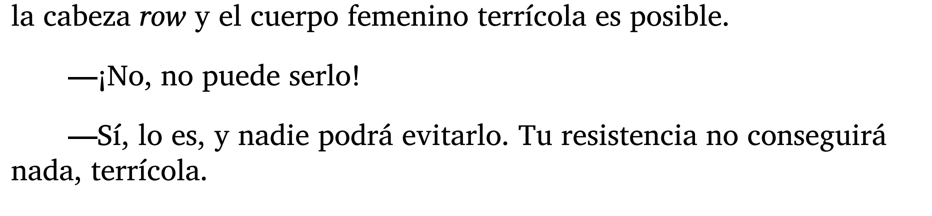
Aparecieron los doctores *row*. Uno de ellos, ante la furiosa resistencia de Lambda, preguntó:

—¿Le inyectamos narcóticos?

—No, eso podría alterar los resultados —opinó el doctor *row*.

—¡No lo conseguirán, no lo conseguirán! —gritó Lambda.

—Lo que has hecho con nuestra primera prueba nos ha perjudicado, pero no tanto como supones. Ya hemos conseguido probar que la intervención es perfectamente factible, que la unión de



la cabeza *row* y el cuerpo femenino terrícola es posible.

—¡No, no puede serlo!

—Sí, lo es, y nadie podrá evitarlo. Tu resistencia no conseguirá nada, terrícola.

—¡No saldrá bien!

—Sí saldrá bien; la primera prueba ha sido satisfactoria.

—No han tenido tiempo de conocer el proceso postoperatorio.

—La trasplantada vivía.

—¿Por cuánto tiempo?

—Eso lo sabremos en la segunda prueba y tú ya no podrás destruir nuestra obra, te tendremos bien vigilada: Eres peligrosa, más rebelde que tus compañeras.

Keras, que se había acercado, preguntó:

—¿No sería mejor escoger a otra para la reina?

—No, la reina la ha elegido a ella. Quizá es un premió a esa rebeldía que es el reflejo de un cuerpo que ama la vida apasionadamente y nada mejor que entregar este cuerpo amante de la vida a nuestra reina.

—¡Es mi mente quien ama la vida y mi mente quedará destruida!

—¡Es cierto, pero una mente no ama la vida si el cuerpo no la reclama también! He tomado ya tus medidas y eres perfecta para la reina. No puedes quejarte, tu cuerpo tendrá los mejores placeres, comidas selectas.

—Que no pasarán por mi boca.

—Pero irán a tu estómago, pasarán a tu sangre. Tendrás las mejores camas, las mejores butacas, clima adecuado y también, ¿por qué no? Los *row* más seleccionados para que tu vientre engendre nuevos *row*, especialmente nuevas hembras *row*.

Lambda comprendió que su rebeldía era inútil. Su cabeza terminaría, primero, dentro de un frasco como la de Fialka y luego, sería lanzada al espacio. Nadie podría evitar ya aquel monstruoso trasplante en el que ella sería la víctima pese a lo que le decía el doctor *row*.

—Ahora comenzaremos a realizar los análisis de incompatibilidades, extracción de sangre y líquido cefalorraquídeo, no dejaremos ni una sola prueba de compatibilidad sin realizar.

—Ya lo ves, Lambda, no tienes escapatoria, mejor te sometes.

—Jamás. Si es necesario, comenzaré a morir.

—No lo intentes porque no lo vas a conseguir —le advirtió el doctor *row*.

—Me negaré a comer.

—Te alimentaremos con sondas.

—Si puedo, me las arrancaré; no voy a dar facilidades.

—Tu posición está clara, terrícola, te mantendremos bien sujeta. Después de la extracción de humores te sedaremos para que no ocasiones más problemas.

Lambda hubiera querido llorar ante su impotencia, pero sus ojos no dejaron escapar una sola lágrima. Las jeringuillas se acercaron a su cuerpo inmóvil por las correas.

Sintió el primer pinchazo y cerró los ojos con fuerza. No podría escapar al macabro destino que los *row* le habían preparado. Huir de una clínica orbital en torno al planeta *Row* era prácticamente imposible, no le quedaba ni la posibilidad de gritar en demanda de auxilio.

CAPITULO X

Aquella mañana hubo audiencia civil en el palacio real.

La reina concedía las audiencias programadas con mucho tiempo de antelación; Jek Rattle y Keaton fueron incluidos en la recepción con mucha naturalidad; sin embargo, se habían movido sutiles hilos de la burocracia para que fueran recibidos aquella misma, mañana.

—Qué fastuoso es este palacio —comentó Keaton mirando en todas direcciones, paredes, techos, puertas.

—Sí. En realidad, los *row* están todavía unos grados por detrás de los terrícolas en su evolución social.

—Por eso son más belicosos.

—Los *row* siempre han sido muy belicosos; basta mirar hacia su historia.

—Los terrícolas no hemos sido, precisamente, unos santos —comentó Keaton.

—Es verdad, pero los *row* descubrieron, quizá demasiado pronto, el poder nuclear. No habían previsto sus peligros y secuelas posteriores.

Un ujier de palacio se les acercó para indicarles:

—Van a entrar ustedes en el salón. Caminen hasta el círculo de mármol blanco, no sigan avanzando más.

—¿Es la distancia que marca el protocolo real? preguntó Jek Rattle, sarcástico.

—Así es.

Jek Rattle miró la jarra de miel que Keaton portaba entre sus manos y preguntó:

—¿Cómo entregaremos este presente a su majestad?

—Cuando se lo ofrezcan, un servidor de palacio recogerá el presente.

—¿Y lo desinfectarán para que no se contagie? —preguntó, ahora, Keaton, también mordaz.

—No se permiten ironías acerca de nuestra reina, terrícola.

—¡Uy, qué miedo! Los que vamos a morir te saludan.

Al ujier *row* no le gastaron las palabras de Keaton, pero los terrícolas no se asustaban por el imponente aspecto del ujier. Ellos no eran siervos de la reina *row* ni de ninguna otra reina. Eran ciudadanos de la Confederación Terrícola con los mismos derechos y deberes que los demás ciudadanos del resto de la Confederación. "

Los que les habían precedido debían haberse retirado ya, por otra parte, porque apareció otro ujier.

—Que pasen los terrícolas.

—Ya veremos cómo te las arreglas —rezongó Keaton a Jek Rattle.

Pasaron al salón del trono donde se celebraban las audiencias reales. Era un salón rectangular muy largo, más de cien metros por cuarenta de ancho. El ujier, que llevaba un traje de color verdoso, les precedió. Al fin se detuvo y anunció:

—Los ciudadanos de la Confederación Terrícola, Jek Rattle y Robin Keaton, desean saludar a su majestad

Los dos terrícolas se detuvieron en el círculo señalado. La reina permanecía sentada en su trono, observándoles, y entre ella y los terrícolas había casi diez pasos.

La reina se hallaba en un plano superior, ya que el trono estaba colocado sobre una tarima con tres largos peldaños, todos ellos alfombrados en verde y granate.

En la parte baja, a derecha e izquierda, en pie, oficiales de la milicia *row*. Más arriba, cerca de la reina, para asesorarla si era necesario, había miembros de su gobierno.

—Bien venidos al planeta *Row*, terrícolas —saludó la propia reina que más que observarlos los escrutaba.

—Majestad —comenzó Jek Rattle—, os traemos saludos del general Gyaros.

—Saludos que agradezco. Conozco al general Gyaros personalmente, es un bravo militar.

—Cuando el general Gyaros supo que veníamos a visitar el planeta *Row*, nos rogó que transmitiéramos a su majestad sus cordiales saludos y también que le entregáramos un presente.

Keaton levantó la jarra de miel y dijo:

—Aquí está.

La reina miró a Jek Rattle, interrogándole con los ojos. Este explicó:

—Es pura miel de azahar del planeta Tierra, elaborada por abejas muy seleccionadas.

La reina asintió con la cabeza. Uno de sus oficiales se acercó a Keaton y tomó la jarra de sus manos, acercándola a la reina que la destapó y miró su contenido.

—Un presente que estimo en cuanto vale.

En voz baja, Keaton le dijo a Jek Rattle:

—Está a la derecha.

—¿Quién?

—Keras, el del anillo de esmeralda. Ya puedo considerarme muerto; me conoce.

Jek Rattle buscó con la mirada a Keras y lo encontró gracias a la esmeralda flash que rutilaba bajo la luz de las lámparas.

—Consideraos bien llegados a *Row*. A vuestro regreso transmitiréis mis saludos personales al general Gyaros…

—Majestad, me gustaría deciros algo importante.

Todos se pusieron un poco en tensión. La reina sonrió ligeramente.

—Puedes decirlo.

—Majestad, lo que tengo que deciros es mejor que sea a solas.

—Su majestad no recibe audiencias de extranjeros, a solas —advirtió el jefe de gobierno.

—Bien, pero si existiera esa posibilidad, me agradaría poderos hablar a solas, majestad.

—¿No puedes decir lo que quieres exponerme ahora, y aquí?

—Lo siento, majestad, no es posible.

—Muy importante será.

—Así es, majestad.

La reina hizo un ademán con la mano y el jefe de la casa real anunció con voz fuerte: —La audiencia ha terminado.

Jek Rattle y Keaton hicieron una leve reverencia con la cabeza y siguieron al ujier que les guió hacia la salida.

—El oficial les conducirá hasta la ciudad —dijo el ujier.

Jek y Keaton siguieron al miliciano, pero al salir del palacio, Jek Rattle le dijo:

—No es preciso que nos acompañe al hotel, iremos por nuestra cuenta, así visitaremos la ciudad.

—Como quiera.

El oficial *row* saludó y se volvió atrás.

—Y bien, ¿qué dices, ahora? —gruñó Keaton buscando inútilmente en sus bolsillos un cigarrillo de *mentobacco* porque no lo llevaba.

—Si ese Keras estaba en la audiencia real es que las chicas raptadas no están muy lejos de aquí.

—*Row* es un planeta similar a la Tierra; cualquiera sabe dónde las pueden tener recluidas.

—Ese Keras lo sabrá, ¿no?

—Sí, es muy posible, pero no creo que nos lo vaya a decir. Te habrás dado cuenta de que estaba muy cerca del poder, es decir, muy cerca de la reina.

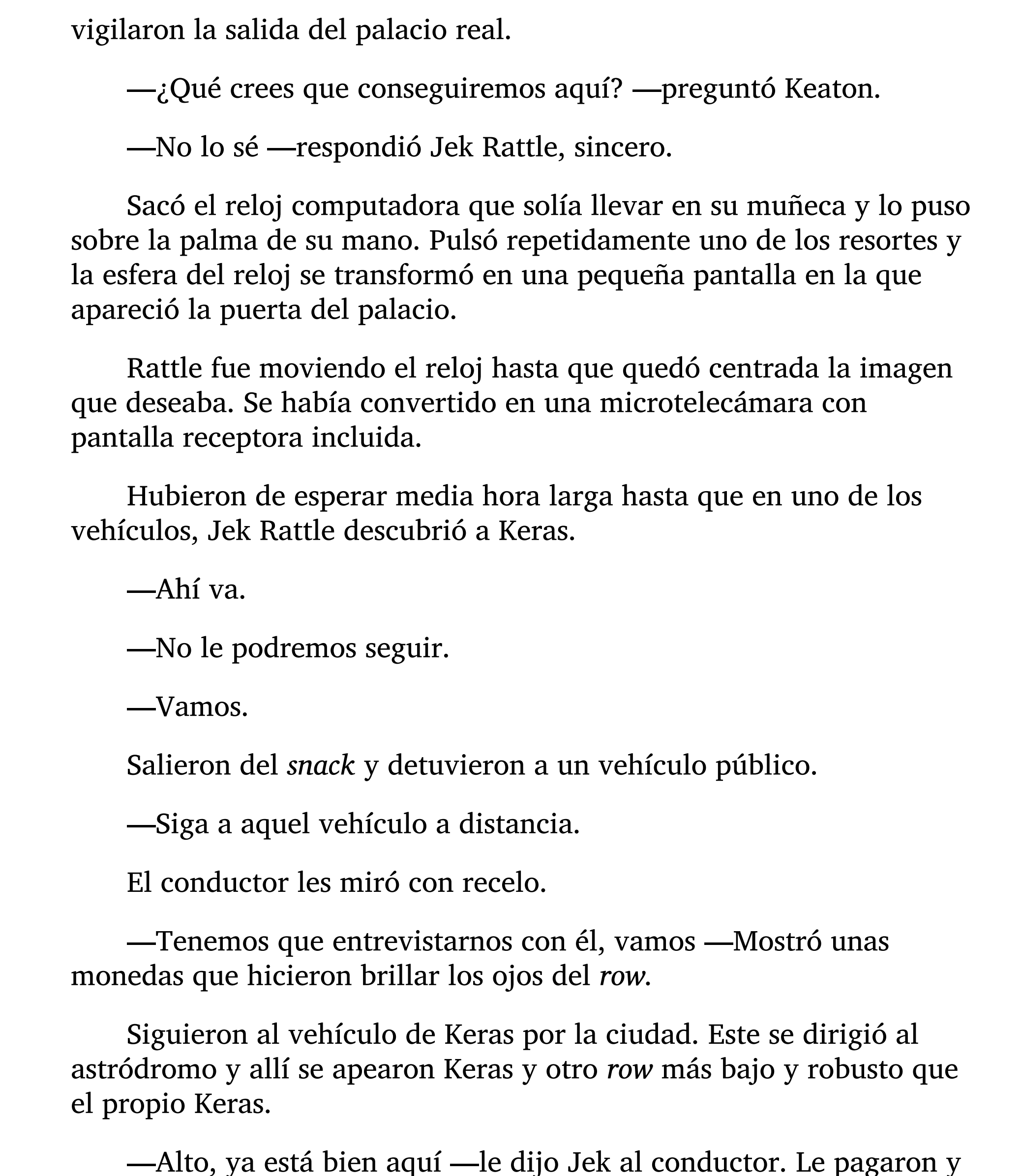
—Habría que vigilarlo para saber adónde se dirige.

—No será fácil seguirle; además, aquí no podemos preguntar a nadie.

—Sí, todos responderían que no saben nada.

Cruzaron la gran explanada y fueron a una especie de *snack* al que debían acudir los que esperaban ser recibidos en palacio. Allí podían comer, tomar bebidas y aguardar.

Se acomodaron junto a uno de los ventanales y desde allí



vigilaron la salida del palacio real.

—¿Qué crees que conseguiremos aquí? —preguntó Keaton.

—No lo sé —respondió Jek Rattle, sincero.

Sacó el reloj computadora que solía llevar en su muñeca y lo puso sobre la palma de su mano. Pulsó repetidamente uno de los resortes y la esfera del reloj se transformó en una pequeña pantalla en la que apareció la puerta del palacio.

Rattle fue moviendo el reloj hasta que quedó centrada la imagen que deseaba. Se había convertido en una microtelecámara con pantalla receptora incluida.

Hubieron de esperar media hora larga hasta que en uno de los vehículos, Jek Rattle descubrió a Keras.

—Ahí va.

—No le podremos seguir.

—Vamos.

Salieron del *snack* y detuvieron a un vehículo público.

—Siga a aquel vehículo a distancia.

El conductor les miró con recelo.

—Tenemos que entrevistarnos con él, vamos —Mostró unas monedas que hicieron brillar los ojos del *row*.

Siguieron al vehículo de Keras por la ciudad. Este se dirigió al astródromo y allí se apearon Keras y otro *row* más bajo y robusto que el propio Keras.

—Alto, ya está bien aquí —le dijo Jek al conductor. Le pagaron y se apearon. Después, siguieron a Keras hacia el interior del astródromo.

—¿Qué vas a hacer, Jek?

—Hay que jugar fuerte.

—Nos van a liquidar, no llevamos armas.

—¡Keras, Keras! —interpeló Jek, acelerando el paso.

Los dos *row* se detuvieron y se volvieron para mirarles en forma

inquisitiva. Mientras,

Jek y Keaton se les acercaron.

—¿Les sucede algo, terrícolas? —preguntó Keras, con frialdad.

—Supongo que nos ha visto en la audiencia real.

—Sí, les he visto. ¿Por qué?

—Vamos, Keras, sabe a lo que hemos venido —gruñó, de pronto, Keaton.

—¿Yo? No sé nada, no le conozco.

—¡Mientes, embustero del demonio! ¡Quisiste matarme después de raptar a la chica terrícola!

Jek Rattle comprendió que la situación se había hecho límite y reaccionó antes de que lo hicieran los *row*.

Propinó un gancho al hígado del *row* que éste acusó dolorosamente y Keaton empujó al otro *row*. Por suerte para los terrícolas, estaban frente a unos lavabos públicos del astródromo y empujaron a los *row* hacia el interior de los mismos, para no ser vistos.

Se cruzaron varios puñetazos. Los *row* no eran tan fuertes ni contundentes como los terrícolas y pronto sufrieron el efecto de los golpes. Jek Rattle envió a Keras contra uno de los urinarios, sentándolo en él de forma grotesca.

Mientras, Keaton metía la cabeza del otro *row* dentro de un lavamanos y abría los dos grifos.

Al observar que el *row* trataba de empuñar su arma corta, Jek Rattle le propinó una patada en la mano y lo desarmó. Recogió luego el arma y le apuntó con ella.

—Ahora, las cosas van a ser a nuestra manera.

—¡No diré nada, no sé nada! —advirtió el *row*.

—¿Prefieres morir?

—Puedes matarme —rugió Keras.

Jek Rattle comprendió, entonces, que Keras, un agente especial de la reina, podía muy bien dejarse matar por ella sin llegar a hablar y si moría. Keras no les servía de nada.

—Eso ya lo veremos. ¡Keaton!

—Sí, Jek.

—Mete al otro en el *water*, siéntalo y…

—¿Qué?

—Desintégralo.

—¿Así, fríamente?

—No nos queda otro remedio.

—Está bien. Después de todo, ellos hicieron lo mismo allá en el planeta fronterizo.

Keaton sentó al *row* en el sanitario y con el arma que le había quitado, al igual que hiciera Jek con Keras, lo incineró. Al ver aquello, Keras comprendió que los terrícolas no se detendrían ante nada. Estaban solos en el planeta *Row*, sin ayuda; no obstante, se atrevían a enfrentárseles.

—Vamos.

—¿Adónde? —gruñó Keras que, por otra parte, no deseaba morir.

—Ya lo sabrás, pero si haces un solo gesto estúpido te desintegramos, sea donde sea.

—No podréis escapar, seréis ejecutados.

—Eso está por ver —replicó Keaton.

—Sé que nos estarán vigilando por telecámaras de control del astródromo, pero si haces una tontería te desintegramos, no lo olvides.

En el ambiente de los lavabos se notaba el calor de la incineración del *row* que había dejado de existir.

Empujaron a Keras, haciéndolo avanzar hacia la nave terrícola.

Jek Rattle la abrió, introduciendo su placa de identificación en la ranura. La computadora de a bordo captó los datos y la puerta se abrió automáticamente al tiempo que aparecía la escalerilla articulada que llegó hasta el suelo.

—Eres nuestro invitado, Keras. Sé que ahora nos estarán vigilando, llevamos las armas en los bolsillos, de modo que adentro, rápido Keras subió a la nave y tras él lo hicieron los dos terrícolas.

Cerraron la nave y Jek Rattle pidió a Keaton:

—Hay que sujetarlo bien a una butaca.

—¡No sé qué pretendéis pero os costará caro!

—Queremos rescatar a las cosmonautas terrícolas y tú lo sabes bien.

Las palabras de Keaton habían sido muy claras. Keras lo miró con odio, él lo había dejado escapar.

—Creí que la tormenta caliente, en el planeta fronterizo, terminaría contigo para siempre —gruñó.

—Ya ves que no fue así.

—¿Le has dicho a Jek Rattle que tú ayudaste a capturar a la terrícola?

—Bueno, yo no sabía de qué se trataba.

—Sí lo sabías y puedes continuar sabiéndolo ahora. Aquí puedes ser rico, muy rico, y te traeríamos a mujeres terrícolas para satisfacer tus deseos sexuales.

—¿Has visto, Rattle? Me está proponiendo tener mi propio harén —se rió Keaton.

Jek le miró de reojo.

—No será ésa tu ilusión, ¿eh, Keaton?

—Yo hacía negocios, pequeñas cosas con los *row*, pero no sabía que éste fuera un tipejo importante aquí.

—Es un agente especial de la reina *row*.

—Y tú un agente especial de la Confederación —replicó Keras.

—Vaya, parece que nos conocíamos bien.

—La reina también sabe quién eres —le advirtió Keras.

—Lo supongo.

—Estáis siendo vigilados.

—Es lógico, pero ahora nos vas a decir dónde están las cosmonautas secuestradas.

—Eso no lo diré jamás; los *row* jamás admitiremos ese rapto.

—Pero es un rapto, vosotros tenéis a las chicas, yo vi a una de ellas.

—¡No diré nada!

—Eso ya lo veremos —barbotó Rattle.

Manipuló en los mandos de su nave hasta que en pantalla apareció el palacio real.

—¿Lo ves?

—Sí, lo veo. ¿Y qué?

—Voy a destruirlo. Dentro está vuestra reina y todo vuestro gobierno. Será un ataque por sorpresa, no lo espera nadie.

—No, eso no podéis hacerlo, ésta no es una nave de guerra.

—Te equivocas; lo es.

Pulsó otro botón y en pantalla se vieron unas rayas de encuadramiento de tiro. Era un goniómetro electrónico conectado a la computadora. Jek Rattle pulsó varias teclas y bajo la pantalla aparecieron unos números. Oprimió una tecla roja y explicó:

—He dejado conectado el sistema de disparo automático. Cuando el controlador llegue a cero, partirá de esta nave un misil termonuclear super H-10. Todo el palacio, incluidos los sótanos, quedarán fundidos. ¿Tú sabes cuál es el poder de un termonuclear super H— 10?

Keras palideció intensamente mientras los números comenzaban a descender. Ya estaban en el veinte, bajaban al diecinueve y así progresivamente iban en busca del cero, del guarismo fatal.

—Si ese disparo automático tiene lugar, será la guerra de la Galaxia —advirtió el *row*, con voz ronca.

—Es cierto, será la guerra de la Galaxia y vosotros, de principio, ya habréis perdido a vuestra reina y a vuestro gobierno. Para vosotros será el caos y la milicia de la Confederación Terrícola sólo tendrá que barrer vuestro planeta, lo que será muy fácil.

—Esta situación no la habrías conseguido de no haber llegado a nuestro astródromo con engaños. Poseemos una barrera defensiva contra cualquier aproximación de naves invasoras.

—Aún no os hemos atacado y ya que estamos en esta situación de privilegio para poder destruir vuestro palacio real, lo haré sin vacilar, a menos que consiga la libertad de las cosmonautas.

El *row* comprendió la gravedad de aquel momento que podía significar el fin de su civilización.

CAPITULO XI

—¿Y si os devolvemos a las cosmonautas? —preguntó, sudando.

—No habrá guerra.

—¿Es vuestra palabra?

—Sí, nuestra palabra; no habrá guerra. Nos marcharemos y nadie pedirá explicaciones, será como si nada hubiera ocurrido.

—¿Qué, lo dices de una vez? —inquirió Keaton.

—Están en la clínica-satélite —confesó, al fin.

—¿Clínica satélite? —repitió Jek Rattle, perplejo.

—Sí, es un satélite artificial grande, que tenemos en torno a *Row*. En realidad es una clínica quirúrgica.

—¿Y qué hacen allí las mujeres cosmonautas? —preguntó Jek.

—Las mujeres *row* son débiles y poco fecundas, las mutaciones causadas por nuestras guerras nucleares las han debilitado. Estamos haciendo pruebas con las mujeres terrícolas, nada más.

—Para mejorar vuestra especie, ¿eh? —masculló Keaton.

—Ahora ya lo sabéis.

—Atiende bien, Keras. Vamos a ir a ese satélite y tú te encargarás de que salgan vivas. Si tenemos algún tropiezo…—Pulsó otro botón y la cuenta se detuvo—. El disparo queda en suspenso, pero la orientación de tiro se mantendrá fija en el palacio real y el sistema automático de disparo puede reanudarse simplemente pulsando la tecla verde. En tu mano está el que desaparezca el palacio real, la reina y su gobierno.

—¿Puedo hacer una llamada para que nos dejen acercar al satélite?

—No—le cortó Rattle, tajante.

—Entonces no nos permitirán acercarnos.

—Cuando llegue el momento ya veremos qué se hace. No te voy a dejar hacer ninguna llamada, Keras, podrías advertir a los tuyos para que abandonen el palacio.

—No avisaré a palacio.

—No me voy a fiar de ti, Keras, seguro que tú debiste planear el rapto de las jóvenes cosmonautas. Eres un tipo astuto, lo has demostrado, pero te has dejado cazar ingenuamente al creerte seguro en tu territorio. Ya ves cómo está la situación. Nosotros, los terrícolas, no queremos la guerra. Ahora mismo yo podría destruir vuestras cabezas dirigentes, pero no lo haré a menos que me obligues.

—Está bien, os llevaré a la clínica satélite, pero no es seguro que podamos sacar a las cosmonautas de allá.

—¿Por qué?

—Están fuertemente custodiadas y hay órdenes terminantes respecto a la vigilancia. —Keaton, vamos a despegar.

—Veremos qué tal resulta; nos estarán vigilando y se preguntarán qué hace Keras dentro de nuestra nave.

—¡Control del astródromo, control del astródromo…!

—llamó Jek a través del emisor.

—Aquí control del astródromo real, estamos a la escucha. ¿Ocurre algo?

—Vamos a despegar.

—¿Cuál es la ruta?

—Posible viaje orbital al planeta. Estamos acompañados por un guía *row*.

—Que aparezca en imagen el guía *row*.

—De acuerdo.

Jek Rattle hizo que quedara sólo enfocado el rostro de Keras para que no se pudieran ver las ligaduras que lo sujetaban a la butaca.

—Identificación comprobada, permiso para despegar concedido —dijeron desde el control.

La nave *Horus-P* puso en ignición sus motores y al poco despegó, silenciosa y majestuosamente. Sin embargo, Keras seguía viendo en la pantalla el palacio real. La computadora-goniómetro efectuaba las correcciones de tiro de modo que en todo momento podía efectuarse el disparo del misil termonuclear que destruiría el palacio y gran parte de la ciudad, es decir, la capital de *Row*.

Se elevaron, cruzaron la atmósfera y se pusieron en órbita.

Jek Rattle era consciente de que había centenares de satélites, aunque debían de ser pequeños. El que buscaba ya lo había visto a su llegada al planeta *Row*.

—Ya lo tenemos en el radar —indicó Keaton.

—Nos vamos a acercar al satélite —dijo Jek a Keras—. Te dejaré el telecomunicador, pedirás permiso para el acercamiento.

—¿Y si no lo conceden?

—Será el fin del palacio real y también de la ciudad; habrá comenzado la guerra entre *Row* y la Tierra, y nosotros, los terrícolas, habremos asestado el primer y más importante golpe; el resto será fácil. Se me había olvidado decirte que tengo carta blanca en este asunto.

Cuando la nave *Horus-P* se fue acercando al gran satélite artificial que en sí mismo era una clínica espacial, Keras efectuó la llamada a través del micrófono.

—Atención, atención, habla Keras. Atención CE, llama Keras, atención CE…

—CE a la escucha —respondieron.

—Vamos a aproximarnos con una nave. Después del ensamblaje preparen la boca de cópula.

—Ahora lo preparamos todo, sigan instrucciones.

Del satélite artificial asomó un gran tubo telescópico que se dirigió a la nave terrícola, acoplándose a ella. La proa se abrió y quedó abierta la comunicación entre ambas naves.

—Keaton…

—¿Sí?

—Te vas a quedar aquí. Si dentro de diez minutos no he regresado, pulsa el botón verde; el sistema automático hará el resto.

—De acuerdo. —Miró la pantalla en la que continuaba enfocado el palacio real.

—Si ves algo raro, púlsalo inmediatamente —insistió Jek.

—No dudaré en hacerlo. Sería un golpe muy duro para los *row*, si lanzamos ese misil termonuclear.

—Keras, vamos a por las chicas. En tus manos está vuestra destrucción.

A través del tubo pasaron al satélite artificial. Jek llevaba consigo ahora el fusil, dispuesto a destruir a quien se opusiera a su rescate.

Varios *row* salieron a recibirles. Keras ordenó al oficial del laboratorio;

—Rápido, hay que sacar a las cosmonautas terrícolas de aquí.

—Eso es imposible, una de ellas está en el quirófano.

—¿Quirófano? —repitió Jek Rattle.

—Sí, van a comenzar, ahora mismo, la intervención.

—¡Detengan la intervención y reúnan a las muchachas terrícolas! —exigió Jek.

Los *row* vacilaron, más Keras les dijo:

—Es una orden real, aprisa.

Fueron en busca de las jóvenes cosmonautas terrícolas.

—Vamos al quirófano —ordenó Jek, a Keras.

Keras tuvo una vacilación, pero Jek Rattle le empujó y tuvo que caminar. Llegaron al quirófano donde se hallaban los doctores *row* y sobre una mesa de operaciones yacía una mujer *row*. En la otra, una muchacha terrícola.

—¡Desátenla! —ordenó Jek Rattle tajante.

Los doctores miraron a Keras y éste asintió con la cabeza.

—No puede ser —protestó el jefe de doctores—. Vamos a comenzar el trasplante.

Jek Rattle lo empujó, derribándolo. Otros doctores quisieron atacar a Jek Rattle pero éste les encañonó con su fusil y ordenó:

—Vamos, rápido, suéltenla.

—Obedece, corremos gran peligro —gruñó Keras.

Desataron a la muchacha que no podía ponerse en pie, estaba dormida.

—¡Despiértenla! —exigió Jek.

—No puede ser, dormirá por lo menos durante dos horas.

—Keras, carga con ella y camina.

Keras se sometió y cargó con la joven cosmonauta. De pronto, alguien hizo sonar la alarma y Jek Rattle disparó, derribando a varios de los *row*.

—Vamos, Keras, sabe lo que puede suceder si no regreso.

Dentro de la clínica especial donde se efectuaban los trasplantes funcionaban chicharras y luces. Posiblemente ya habrían dado la alerta al propio palacio real.

Gracias a que las botas de ambos eran magnéticas pudieron correr sin peligro y a Keras no le fue difícil transportar el cuerpo de la chica cosmonauta.

—¡Jek! —gritó una de las jóvenes, al verle.

—¡Lambda!

—¡Jek, por fin!

—¡Vámonos, no hay tiempo que perder, todas a mi nave, rápido!

A través del tubo, pasaron a la nave terrícola. Jek instó a las muchachas que transportaran a su compañera. Keras quedó indeciso.

—Tú quédate aquí.

—No destruirás este satélite, ¿verdad?

—Son unos asesinos, Jek, han cortado la cabeza a dos terrícolas para dar nuestros cuerpos a las mujeres *row*.

Comprendiendo que al enterarse de lo sucedido no iban a perdonarles, Keras se lanzó contra Jek Rattle, pero éste le rechazó de una patada.

—¡Atrás todos!

Se introdujeron en la nave *Horus-P* y se cerró la compuerta de unión. Dejaron a Keras en la clínica espacial.

—Faltan dos, ¿no? —preguntó Keaton.

—Han sido decapitadas, desgraciadamente han muerto—dijo Lambda.

—Vamos, hay que alejarnos.

Keaton, mirando el radar, advirtió:

—Vienen naves hacia nosotros.

—¿Cuántas?

—Tres —dijo Keaton, mirando a la pantalla.

—Trataremos de huir.

Keaton se apoderó del mando y se dispuso a hacer frente a las naves *row* que les atacaban.

Una de las naves *row* hizo el primer disparo. Como si Jek Rattle lo hubiera previsto, cambió su posición con brusquedad gracias al gran poder de sus cohetes impulsores.

El disparo pasó casi lamiendo el fuselaje de la nave terrícola y fue hacia la clínica espacial que estalló violentamente, consumiendo todo su contenido y convirtiéndose en una gran bola de fuego.

Jek Rattle disparó, a su vez, contra los atacantes. Una a una fue destruyendo las tres naves *row* en medio de un difícil combate.

Desde el planeta *Row* debieron contemplar el combate espacial y Jek Rattle, intuyendo que les enviarían una oleada de naves para impedir la fuga, puso su *Horus-P* a gran velocidad. Los cohetes impulsaron a la nave. Cuantío hubieran rebasado el *uno mach-luz,* ya no habría posibilidad de combate, tenía que alcanzarlo antes de que aparecieran más naves enemigas.

—Atención, atención, mensaje a la reina de *Row*, mensaje de Jek Rattle a la reina de *Row*…

—Le escuchamos, terrícola —dijo una voz que no se identificó. Jek Rattle supuso que debía estar muy cerca de la reina.

—Voy a marcharme; mi viaje turístico ha terminado. No he visto nada más que pueda servir de pretexto a una guerra galáctica. Si lo viera, en este preciso momento, podría destruir el palacio real y la ciudad que está junto a él, pero prefiero regresar y que todo siga como está. Este es mi mensaje para la reina de *Row*. Ah, y deseo que la miel

sea de su agrado.

Se produjo un tenso silencio. Jek Rattle deseó que hubieran captado su mensaje que rechazaba una posible guerra y que daba por zanjado el incidente, si es que as* podía calificarse al monstruoso rapto de las cosmonautas.

—La reina les desea un buen viaje y asegura que la miel es de excelente calidad —dijo, de pronto, una voz que posiblemente repetía taxativamente las palabras dictadas por la mismísima reina.

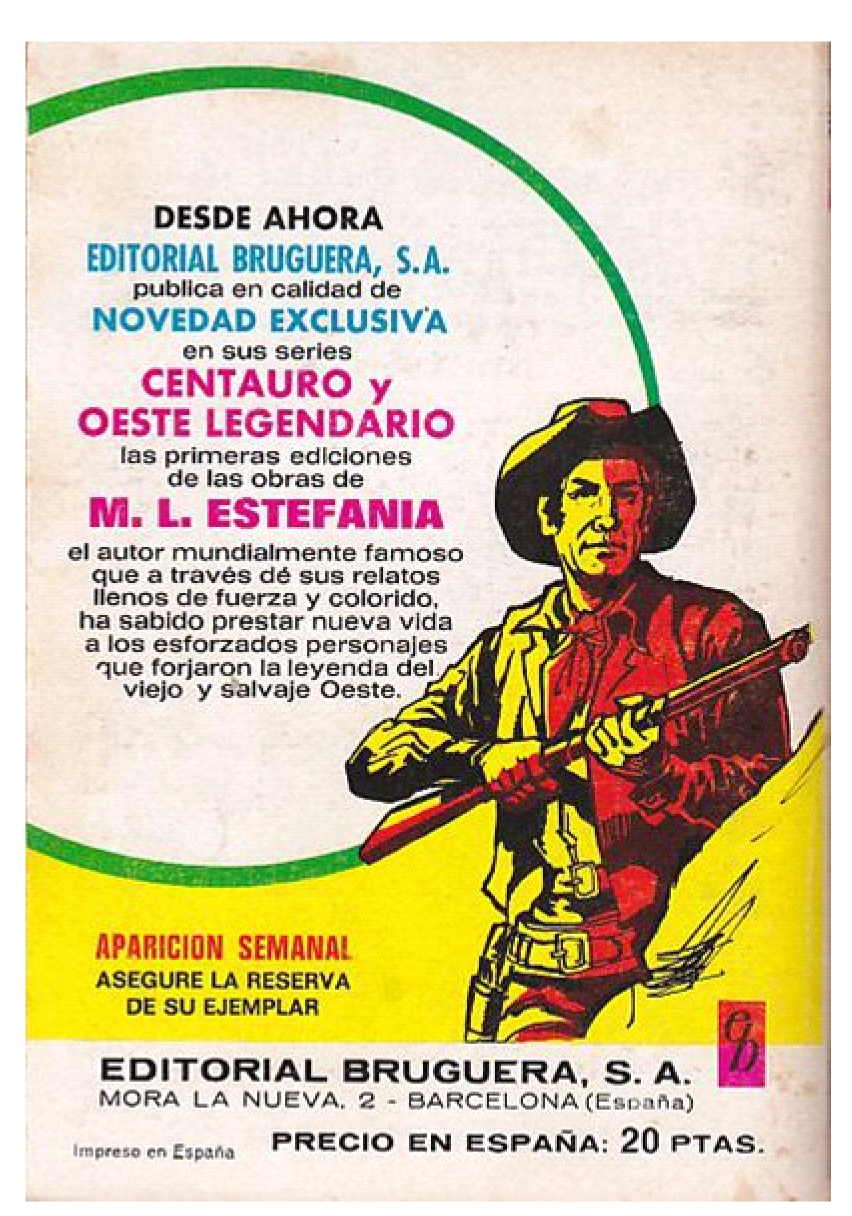
Jek Rattle cerró el contacto. Keaton pudo ver en pantalla cómo la oleada de naves *row* daban media vuelta y regresaban a su base.

Jek Rattle suspiró profundamente.

—Ahora, a casita. Hemos perdido a dos astronautas, pero ellos también han perdido su monstruoso quirófano de trasplantes.

Abrazó a Lambda que había esperado ansiosa aquel momento cuando ya lo creía todo perdido. Mientras, la nave iba pasando del *dos mach-luz* al *tres mach-luz* y así sucesivamente hasta el cinco, mientras devoraba los millones de kilómetros, con suma facilidad, a través del espacio sideral dentro de la Galaxia en la que se veían obligados a convivir *itios, row* y *terrícolas.*

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.